

CAPÍTULO VI

EXCURSIÓN A LAS PROVINCIAS DE BARCELONA, CUMANÁ Y MARGARITA

AL FINAL del mes de noviembre había terminado el asunto que me había llevado a Caracas, y no teniendo nada más que hacer por algún tiempo, resolví aprovechar algunas semanas, que muy tediosas serían en la capital, para conocer las provincias del oriente.

Monté a caballo a las cuatro y media de la mañana del día 11 de diciembre de 1852 hacia La Guaira, mandando a mi criado en el coche de Delfino que debía salir a las seis, y seguí con rumbo al este por el camino nuevo, o sea, por el de coches. Al llegar al alto de Catia, donde las vertientes se dividen corriendo las del oriente hacia el Guaire y las del occidente y del norte hacia el mar de las Antillas, perdí el camino, y sólo cuando comenzó a aclarar el día me di cuenta del error. A esa altura, en lugar de seguir el curso del río Catia, tuerce el mencionado camino hacia la derecha y continúa por la ladera meridional de la sierra, no descendiendo como sería lo natural, sino yendo al principio en línea horizontal y después en una considerable subida. Se observa pues lo absurdo de una subida de varios centenares de pies en una carretera que comunica a Caracas, situada a una altura de 2.880 pies sobre el nivel del mar, con el mismo mar. En este caso, como en el del rompeolas de La Guaira, no faltó quien notara a tiempo el defecto de la obra proyectada. Durante el gobierno español ya se había tratado de abrir este camino dándole la dirección conveniente; y cuando se trazó su plano posteriormente, fue muy censurado y se recordaron y citaron los antiguos trabajos de los ingenieros españoles. Pero nuestro carácter americano, lleno de fuego y de imaginación, muchas veces nos ciega y nos hace olvidar nuestros más caros intereses. Prevaleció el nuevo plan que trazó una subida absurda y aumentó la distancia de la carretera, dicen que en cerca de dos leguas. En breve se reconoció el

error y ya se lo está corrigiendo, cortando un nuevo camino que comienza a descender enseguida después del alto de Catia; pero aun en este caso hay que lamentar el mismo error que en el primero: este nuevo camino apenas evita el ascenso; y siguiendo la pendiente de la sierra por el lado sur se va a reunir con el que ya existe en la pendiente del norte y llega a Maiquetía después de haber acompañado todas las sinuosidades de esta ladera alargándose prodigiosamente. Su verdadera dirección, como es fácil de reconocer observando el terreno desde el punto culminante del actual camino (Guaracarumbo) y como ha sido recomendado por el ingeniero de la provincia que es un polaco, debe seguir el curso del río Catia a una distancia suficiente del río para evitar los estragos de sus crecientes, salir a la planicie frente al cabo Blanco y continuar plano desde este cabo hasta La Guaira.

A las ocho de la mañana llegué a la posada situada a poco más de media distancia entre los puntos extremos, y ahí desayuné y esperé el carro que sólo me alcanzó a las nueve. Enseguida me instalé en el mencionado carro en el cual, menos castigado por el sol de lo que lo estaría a caballo, llegué a La Guaira a las diez de la mañana.

Dos días tuve que demorarme en La Guaira esperando la salida de la escuna venezolana *Democracia* en la que había comprado pasaje para Barcelona; y en ese intervalo visité diariamente el tranquilo y ameno lugar de Macuto. Lo primero que admira el transeúnte al salir para este sitio por la puerta oriental de La Guaira, es la grandeza y solidez de construcción de las antiguas fortificaciones españolas. Junto a esta puerta sobre la orilla del mar aún sigue en pie un fuerte baluarte al cual se une una cortina o línea de fortificaciones, que se extiende sierra arriba hasta una considerable altura, adornada de fortines de tanto en tanto; y, toda esta línea, desde lo alto hasta el mar, estaba en otro tiempo acompañada de un foso de cuatro brazas de ancho, hoy terraplenado. Tuvieron que ser grandes los esfuerzos de los antiguos para levantar esta mole de cantería y albañilería, porque a pesar de los estragos del tiempo y de los esfuerzos destructores de los modernos, aún

no ha podido ser destruida. ¡Pero qué lástima causa su actual estado de abandono y ruina! Esta fortificación es fiel representante de la historia moderna del país; y al contemplarla mueve a preguntar ¿qué ganó esta parte de la América española con su independencia? Ganó gloria militar seguramente y la satisfacción de algunas ambiciones personales. Pero, ¿acaso ganó prosperidad y bienestar? No. ¿Ganó poder? No. ¿Ganó civilización material? No. Algunos individuos que con el antiguo sistema no podían aspirar a honras políticas y a quienes apenas les era permitido gozar tranquilamente del fruto de su industria ejercida con más garantías que las actuales, obtuvieron entrada al templo de la ambición; pero los pueblos perdieron; el aspecto exterior de las poblaciones de una parte de las ex colonias españolas indica decadencia y pobreza; y las comodidades de la vida de la gran masa de sus habitantes son menores.

A media distancia entre La Guaira y Macuto y después de pasar la pintoresca quinta de Guanapa que está guarnecida de una elegante alameda de cocoteros, hay otro fuerte en la orilla del mar, y de ahí se ve arrogante La Silla con su tremendo precipicio, cortado casi a pico y con cerca de cinco mil pies de altura. La feligresía de Macuto consta principalmente de una hilera de casas bajas situadas con el frente hacia el mar, donde los caraqueños vienen en tiempo de verano a cambiar de aire y a tomar baños, y de algunas pocas casas más, esparcidas por las calles que atraviesan la principal. Tiene su iglesia y su cementerio. ¡Pero qué lugar tan delicioso es el río de Macuto! Su lecho es bastante inclinado y pedregoso, sus márgenes están cubiertas por árboles frondosos cuyas copas se entrelazan por encima, de modo que en lo fuerte del verano y en lo más ardiente del día no penetran allí los rayos del sol; y el viajero puede pasar horas olvidadas sentado sobre uno de los peñascos que lo adornan, cautivo del lugar por la frescura y la fragancia que en él se goza y por el temor al insoportable calor que a dos pasos de allí lo espera.

Me embarqué el día 14 al medio día en la escuna *Democracia* y navegamos rumbo al este con una débil brisa del noroeste que en estos parajes

sopla muy raras veces y es casi calma. Al anochecer todavía a vista de La Guaira, nos llegó la brisa marina de nordeste; y éste es el lugar para mencionar que los fenómenos de los terrales y de las brisas marinas que se observan en esta costa, como en las nuestras que están dentro de los trópicos, aquí varían en cuanto la brisa marina generalmente aparece después de las dos de la tarde y el terral dura hasta el medio día. Con viento pues de nordeste y una fuerte corriente de este a oeste, salimos de la orilla; al amanecer del día 15 cambiamos el rumbo; a las nueve y media de la mañana con el terral de sureste salimos al mar; a las cuatro de la tarde avistamos la isla de Orchila ya conocida por el lector, con el cabo Codera al sur. Al amanecer del día 16 estábamos a barlovento del cabo Codera, alcanzando a distinguir a la distancia por estribor la boca del río Unare y por babor la isla de Tortuga. Aprovechamos el terral de sudeste para ganar distancia por la mañana en el mar y a las tres de la tarde con la brisa marina del nordeste cambiamos de rumbo a tierra. Finalmente, luchando siempre contra la corriente y aprovechando todas las ráfagas, el día 17 por la mañana vimos la isla de Borracha, frontera a la boca del río Neverí en cuyas orillas está Barcelona; y a las dos y media de la tarde fondeamos frente a la entrada del río entre Borracha y otras islas, en un lugar más allá del cual no pueden pasar los barcos mayores, llamado La Boca de Barcelona. Hacía tres días y dos horas y media (¡que me parecieron tres años y medio!) que habíamos dejado La Guaira

¡Nunca vi un barco con un nombre más apropiado que el de *Democracia*! Dejando de lado sus cualidades náuticas, gracias a las que logramos concluir en tres días un trayecto que en la estación en que estábamos podría haber durado ocho o diez, no existe en este mundo un infierno más insoportable que la tal escuna. Su capitán, burdo e ignorante, había sido maestro de un buque negrero que había hecho contrabando de esclavos hacia Puerto Rico; su cámara y combés eran dignos de ser calificados por el general Rosas *inmundos y asquerosos*; no había qué comer ni qué beber, ni donde dormir, ni dónde comer, ni donde pasear. En fin, pasé tres días de tormento y miserias,

comiendo y durmiendo dentro de un bote que obstruía un lado del combés, abriendo mi paraguas de noche para resguardarme de unos fuertes aguaceros que cayeron en la madrugada del día 15 al 16, y alimentándome con unas galletas dulces, coñac y agua de coco, todo traído por mí por precaución. ¡Nunca vi situación más parecida al reinado de la *democracia*! Hasta mi Simplicio se indignó, al punto de calificar a nuestros compañeros de viaje de *gros loups*. Dejémoslos en paz, roguemos a Dios que nos libre de democracias y embarquémonos en el bote de la aciaga escuna para remontar en dos horas el río Neverí hasta la ciudad de Barcelona.

Dejando pues atrás la isla de Borracha, y a la izquierda otras islas y una península denominada Morro de Barcelona, unida a tierra por un arrecife donde los españoles dejaron un fuerte, llegamos a la boca del río.

La costa de Venezuela, que en las provincias de Caracas, Barcelona y Cumaná corre de este a oeste entre los paralelos de 10° y 11° de latitud norte, forma entre cabo Codera y Punta Araya una gran ensenada, en la cual los principales ríos que desembocan son el Tuy, el Unare y el Neverí. En el extremo oriental de esta ensenada y dentro de Punta Araya se encuentra la boca de un mediterráneo, el golfo de Cariaco, que da acceso y navegación a una gran parte de la provincia de Cumaná y, extendiéndose *dos a dos* con el golfo de Paria o Triste, del cual apenas dista doce leguas, forma una gran península que del lado oriental lleva el nombre de Paria y del occidental el de Araya.

La embocadura del río Neverí está situada en la latitud norte de 10° 15' y en la longitud este de 2° 20' del meridiano de Caracas. Está obstruida por un bajo donde encalló el mismo botecito que nos llevaba y que logramos vencer con mucho trabajo; y en este bajo todavía están atravesados o clavados algunos grandes troncos traídos por el tremendo desbordamiento que asoló las riberas del río en 1847. Vencidas las dificultades de la entrada nos dirigimos a tierra para hablar con los empleados de la aduana que están allí de guardia en un miserable rancho de paja situado en la orilla derecha, y

remamos río arriba. Al principio sus orillas son anegadizas y cubiertas de tacuara y mangle; pero un poco más arriba el terreno es sólido aunque bajo, y está rodeado de muchos árboles. Allí crecen en abundancia el coco, la palma real, el árbol del pan, el álamo, el zapotillo, y forman un apacible y pintoresco paisaje, donde los habitantes ricos de Barcelona tienen sus quintas a las que llaman *vegas*. Debido tal vez a los tormentos que acababa de sufrir en la *Democracia*, el trayecto por este río me pareció delicioso y me hizo recordar nuestro ameno y pintoresco Capibaribe. Poco más o menos a media distancia entre la boca y la ciudad de Barcelona el Neverí se bifurca saliendo al mar por otra boca a la que llaman *río viejo* y que no ofrece una navegación cómoda; de modo que de ese punto hacia arriba tiene mucha más agua que hacia abajo. En ese río es notable no sólo la fuerza de la vegetación, sino la abundancia de animales salvajes que habitan sus orillas. Los pollos de agua, *irerés* y garzas son innumerables; alcanzamos a ver cinco o seis caimanes de tamaño considerable; pero lo que sobre todo atrajo la atención del ingenuo Simplicio fue la multitud de lagartos o *iguanas* que veíamos por todos lados. Simplicio denominó a esta especie de pequeño caimán como *l'animal hideux*; y a cada animal que se le mostraba y a cada observación que se le hacía sobre él, exclamaba como voluntariamente: *Oh! l'animal hideux!* El reptil no se limitaba a moverse por el suelo, sino que buscando calor o aire fresco se trepaba por los árboles; en un palo seco conté catorce y catorce veces exclamó Simplicio *¡l'animal hideux!* Lo que, sin embargo, más lo sorprendió, provocando un gesto de incredulidad y de horror, fue la noticia de que había quien comía ese animal.

A las cinco y media de la tarde, o sea, dos horas después de haber dejado atrás la guardia de la aduana de La Boca, llegamos a Barcelona, habiendo remado la distancia de cinco millas, y desembarcamos en el puerto situado en la orilla izquierda del río.

En 1535 sesenta españoles al mando de Aldarete y Martín Nieto atravesaron por primera vez los campos de Barcelona. En 1559, el gobernador

de la Nueva Andalucía, don Diego Zerpa, fundó cerca de la margen del Neverí la ciudad de Santiago de los Caballeros, pero al tratar de penetrar al interior del país fue atacado, vencido y muerto por los indios cumanagotos. Finalmente, en 1671, bajo el gobierno de don Sancho Fernández de Angulo, después de haber cambiado de posición dos veces, Barcelona fue trasladada al lugar donde hoy está.

La mayor parte de sus casas está en la orilla izquierda del río, pero la comunica con la parte que está en la orilla derecha un puente de madera, casi a punto de caer, y que hay proyecto de reemplazar por uno de hierro. Como todas las poblaciones españolas, está cortada en ángulos rectos y dividida en cuadras equidistantes; pero sus calles y el exterior de sus casas entristecen por el aspecto de decadencia y pobreza que presentan. Me aseguraron que en tiempos del dominio español esta ciudad llegó a tener 20.000 habitantes; hoy apenas cuenta con 7.000. ¡No será exageración decir que el número de ruinas es igual al de casas levantadas!

Aunque la provincia de Barcelona tiene por la parte de atrás a la de Guayana con su magnífica vía acuática del Orinoco, por la cual se pueden transportar con más facilidad las mercancías consumidas y producidas por los habitantes del interior del país, su comercio es muy limitado. Con todo, exporta un poco de charque a La Habana y Puerto Rico, cueros a los Estados Unidos y víveres, sobre todo maíz, a La Guaira, Cumaná e inclusive a Puerto Rico. Para el consumo produce café, cacao, tabaco y azúcar.

Su clima es considerado enfermizo, principalmente en la época en que se retiran las aguas que durante el tiempo lluvioso hacen crecer el Neverí; entonces son muy frecuentes las fiebres intermitentes e inclusive el tifo.

La iglesia parroquial, situada en una bella plaza y confiada al cuidado de un capuchino secularizado, es espaciosa y está en buen estado; allí vi en plena práctica la costumbre de las señoras de sentarse en sillas altas sin que

se presentara el inconveniente que preocupaba al obispo que en Caracas se me mostró contrario a la adopción de esta costumbre, superior en aseo a lo que actualmente existe en otros países católicos. Allí asistí a una misa cantada y tomé parte en una procesión que se realiza el tercer domingo de cada mes, sostenida por la hermandad del Santísimo; ¡fiesta que duró desde las nueve de la mañana hasta la una de la tarde y que tiene el singular y profano nombre de *la Minerva*! Al son de un órgano desafinado y mal tocado y de un *charivari* de campanillas que vibraban no sólo en las manos de numerosos acólitos, sino hasta en el mecanismo de un disco movido por manivela, tuve que admirar la voz del reverendo cura, uno de los mejores barítonos que jamás he oído.

Pero la gran curiosidad de la iglesia parroquial de Barcelona es la capilla de San Celestino, situada en la nave derecha de la iglesia (pues tiene tres naves) en la cual se encuentra el cuerpo del santo enviado de Roma por el Papa Pío VI. En un magnífico nicho de madera esculpida y dorada con tanta perfección que a pesar de transcurridos más de cincuenta años, todavía hoy brilla sin una sola mancha y, por detrás de una vidriera, está el esqueleto de San Celestino, sin vestigio alguno de carne, vestido con traje militar romano antiguo, acostado sobre el lado derecho, con la cabeza reclinada y apoyada sobre el codo y la pierna izquierda sobrepuesta a la derecha. El vestido y la espada que hoy tiene, no son los que vinieron de Roma; y me contaron que durante la guerra de la independencia, en 1819, al entrar en una ocasión los patriotas a Barcelona, una división inglesa al mando del coronel English quiso castigar al santo por la protección que le diera a los españoles, y lo despojó de su vestidura que era de rico brocado y de su espada cuya empuñadura era de oro macizo. Esta tropa fatal, que el general Urdaneta llevó de Margarita a Barcelona, trató de saquear la ciudad, se sublevó, luchó con los patriotas en el valle de Santa Fe, y con mucho trabajo pudo ser conducida a Cumaná, donde fue dominado por fuerzas superiores. De estas tropas mercenarias dice Baralt, el autor de la historia moderna de Venezuela, que *con ser tan buenas, servían más de estorbo que de provecho*.

Regresamos sin embargo a San Celestino. Me aseguró el cura de la parroquia que este esqueleto era uno de aquéllos que se encontraron en las catacumbas de Roma con distintivos que indicaban pertenecer a mártires de la fe y a quienes los papas daban nombres arbitrarios y canonizaban. A un lado de la capilla está enmarcado un retrato de Pío VI con el siguiente letrero: *Pío VI concedió a la iglesia de Barcelona esta reliquia con numerosas indulgencias; Pío VI murió a los 80 años en 1799.*

Del otro lado del río está la capilla mayor de una iglesia sólidamente construida por los españoles, con un cimborrio alto y elegante, que sería admirado en cualquier país. La iglesia a la que debía pertenecer esta capilla mayor nunca fue terminada, de manera que quedó como un gran nicho u oratorio abierto frente a un espacioso campo, donde pueden asistir a misa unas tres o cuatro mil personas. Últimamente se intentó construir el cuerpo de la iglesia, pero una vez levantadas dos hileras de columnas para separar las naves, se suspendió la obra por falta de fondos.

Al poniente de la ciudad y enseguida después de la salida están las ruinas del antiguo convento de San Francisco, conocidas hoy como las *ruinas de la Casafuerte*, y célebres en los anales de la guerra de la independencia por la heroica resistencia hecha a los españoles en 1817. Era un edificio con un extenso frente y poco fondo, un segundo piso y una azotea, situado en el centro de un gran patio cercado por un muro. En él se refugiaron los habitantes de Barcelona de todos los sexos y edades, cuando se vieron perseguidos por Aldama que allí los atacó con artillería, abrió brecha y tomó por asalto. “El día 5 de abril (dice Baralt) Aldama ocupó las casas de la ciudad y se puso en comunicación con la escuadrilla, recibiendo la artillería que necesitaba; al amanecer del 7 principió a batir la Casafuerte, y hallando brecha practicable poco después del medio día, la tomó por asalto con pérdida considerable. Todos los que se hallaban en el recinto, no sólo republicanos, sino hasta algunos prisioneros realistas, fueron pasados por la espada, sin otra excepción que la de tres o cuatro mujeres condenadas al oprobio. Freites y

Ribas (los jefes de los patriotas) que lograron abrirse paso por entre los enemigos, fueron apresados en el campo, enviados a Caracas, y ahorcados por orden de Moxó”.

Los sufrimientos de Barcelona durante la guerra, y especialmente este ataque de Casafuerte, son repetidos con orgullo y horror por los contemporáneos que todavía existen, transformados en patéticas leyendas y sin duda adornados y exagerados. En una pared interior del edificio y por encima de una sombra que marca el lugar donde había una escalera, se nota una mancha oscura que me dijeron ser de la sangre de un fraile que traicionó a los patriotas y con sus informaciones ayudó a los realistas a entrar, el cual en castigo de su traición fue apuñalado en el momento en que el enemigo se apoderaba de Casafuerte y él trataba de escapar. Aún existe en el centro del patio abierto una pieza de calibre treinta y seis, oxidada e inutilizada, a la que llamaban *burro negro*, y que en el momento en que los patriotas habían conseguido alzarla hasta la azotea para dispararla contra los españoles, fue desarmada por la artillería enemiga y arrojada desde lo alto.

Por todas partes en Venezuela se encuentran no sólo monumentos de la mortandad causada por la guerra de la independencia, como Casa fuerte, sino también de las derrotas que sufrieron los patriotas, que realzan aún más su constancia y dedicación, y de las victorias que obtuvieron contra las aguerridas tropas de España y sus crueles jefes Morillo, Boves, Morales y otros. Barcelona no es la excepción de la regla: una de sus calles lleva el nombre de *Calle de El Juncal* y da salida hacia el sitio de este nombre, a pocas leguas de la ciudad, donde el 27 de septiembre de 1816 dos mil patriotas al mando de Piar y Macgregor derrotaron a Morales quien al frente de tres mil hombres les vino al encuentro.

El general Macgregor, el mismo que tanto figuró en Europa como el *Cacique de Poyais* y como autor de una de las más desvergonzadas empresas financieras que jamás engañó a los incautos, después de efectuar su

extraordinaria retirada desde las inmediaciones de Valencia hasta Barcelona, pasando por el interior del país y derrotando a los españoles en las acciones de *Quebrada Honda* y *Alacranes*; junto con el general Piar que marchó de Cumaná para reunirse con él, salió de Barcelona al encuentro de Morales que se dirigía del occidente con una división de tres mil hombres para recuperar aquella ciudad. En los campos de El Juncal se encontraron los dos ejércitos. El orden de la batalla era el mismo que habían seguido en la acción de Alacranes; al centro la infantería, en las alas la caballería y la artillería al frente de la línea. Morales, cuyas tropas eran todas de *élite*, formó su ejército en un triángulo compuesto por tres fuertes columnas de infantería. Iniciaron el combate las tropas ligeras que cubrían el frente de ambos campos y la artillería republicana que dirigió su fuego sobre las columnas enemigas. Llevaba dos horas este tiroteo sin resultado decisivo, cuando el grueso del ejército patriota cayó sobre el de Morales y lo derrotó completamente obligándolo a retirarse. Apenas se sostuvo por un rato la columna de la derecha, pero tuvo también que ceder y, no habiendo más enemigos en el campo, Piar se retiró a Barcelona enviando a Macgregor a perseguir a los vencidos. Las acciones de Quebrada Honda y de Alacranes, la ocupación de Barcelona por Macgregor, y sobre todo la batalla de El Juncal, fueron acontecimientos de gran trascendencia para los patriotas (dice Baralt) dentro y fuera del país; pues vinieron a revivir las esperanzas debilitadas de los amigos de la independencia y destruyeron la gran influencia que la autoridad española había adquirido por los desastres de los republicanos en 1814 y por la importancia del ejército expedicionario que Morillo trajo de España en 1815.

En Barcelona es asunto de frecuente y animada conversación la gran inundación que consternó a sus habitantes el día 12 de octubre de 1847. No existe quien no tenga un caso que relatar sobre ese terrible flagelo que cubrió toda la ciudad, e hizo entrar el agua a las casas hasta la altura de dos y tres palmos. Se conservan y se muestran las señales que dejó la creciente en las paredes al retirarse; y se estableció una nueva era recordando los

acontecimientos como *anteriores o posteriores a la creciente de 1847*. Como era natural, fue seguida de una epidemia de fiebres que diezmó la población; y desde entonces Barcelona no levantó la cabeza, a pesar de estar dos ciudadanos suyos al frente de la república y al frente de la iglesia.

No obstante esta decadencia y pobreza no faltan en Barcelona indicios de civilización: numerosos pianos que se oyen por todas partes, indican gusto por la música; y por medio de sus corresponsales en Santo Tomás los barceloneses reciben noticias directas de Europa y las barcelonesas las revistas de modas de París. En Barcelona recibí el 19 de diciembre la noticia de la proclamación del Imperio de Francia, noticia que apenas ese mismo día llegó a Caracas.

Fui recibido con mucha hospitalidad, y con una hospitalidad franca y despojada de toda afectación, que nunca olvidaré. En estas ocasiones mucho me cuesta no separarme de la regla que adopté de no mencionar nombres propios de las personas con quienes tuve relaciones sociales, regla debida al temor de ofender su modestia. Pero si algún día estas páginas fueren leídas por los respetables venezolanos que con tanto esmero me agasajaron en Barcelona, Cumaná y Margarita, sepan ellos que soy un hombre mal agradecido.

En la casa donde fui hospedado me presentaron una sorpresa que me causó sensaciones que sólo puede apreciar quien se haya visto en mi situación, lejos de la patria y aislado. Me mostraron una vasija, obra de los indios del río Negro, que tenía las armas del Brasil pintadas en el fondo con esa maravillosa tinta vegetal que tan bien imita el oro, la cual vino desde nuestra frontera hasta Barcelona. ¡Qué placer me causó la vista de nuestro café y tabaco, de nuestra esfera armilar y corona imperial, en un lugar donde no debe haber una en diez personas que conozca la posición geográfica del Brasil, y del cual no debe haber en el Brasil una de diez personas que sepa algo! Estuve tentado de pedir la vasija, pero consideré que era más patriótico dejarla que llevarla, y me contuve.

Regresando a casa una noche vi en una taberna vecina un grupo de hombres cuya desnudez me llamó la atención. Me explicaron que eran *caribes* que vivían en un estado semisalvaje en los campos de Barcelona y que venían a la ciudad en tiempo de fiestas para abastecerse de lo necesario. Los hombres tenían amarrado al cuello una especie de escapulario de lienzo negro que les bajaba hasta las rodillas; las mujeres una tanga de la misma tela; y éste era todo el vestuario con el que se arreglaban. La presencia de este resto de una raza de hombres tan interesante, de los señores del continente americano en la época que Colón lo descubrió, y que tan mansos al principio después resistieron con tanto valor la opresión y mala fe de los conquistadores, me interesó sobre manera. La numerosa nación de los caribes, por su audacia, por sus hazañas y por su espíritu mercantil, ejercía en otros tiempos una gran influencia sobre el vasto país que se extiende desde el ecuador hasta las Antillas; dominaba todo el curso del río Orinoco y ocupaba las pequeñas Antillas. Los que habitaban el continente no eran antropófagos como sus hermanos de las Antillas, entre los cuales esa cualidad era tan común que aludiendo a ella las palabras caníbales, caribes y antropófagos, se volvieron sinónimos.

Hoy en día, la mayor parte de los indios de esa raza está civilizada. Sin embargo, existen algunos en los campos de Barcelona y en los alrededores del Orinoco que se han resistido a la civilización; y a pesar de que profesan una especie de cristianismo espurio, andan desnudos como los que vi en la ciudad, no admiten otros hombres en sus aldeas y conservan sus costumbres primitivas. Siendo sus necesidades muy limitadas, apenas con grandes intervalos visitan la ciudad, y vienen a comprar herramientas, aguardiente (al que son muy aficionados) y adornos para las pulseras y collares de sus mujeres. Entierran sus muertos con gran pompa, especialmente a sus jefes o caciques, reuniendo para esa ceremonia (a la cual invitaron una vez al general Monagas, que asistió a ella) de doce a quince mil hombres de varias poblaciones y tribus. Lanza sus armas y utensilios en la sepultura del jefe, dando así una idea de que creen en alguna vida futura; enseguida celebran

alrededor de la citada sepultura grandes danzas, acompañadas de lamentaciones y llantos; y al reunirse en el local de la fiesta cada tribu marcha según la dirección de la aldea de donde vienen originalmente. Llevan luto por los muertos, que consiste en dejarse crecer el cabello y en atarse una cuerda en la frente. Entre los caribes, como entre los aborígenes en general del nuevo mundo, la mujer es una especie de esclava que cuida la casa, siembra y cultiva los alimentos y trabaja diariamente, mientras duerme el hombre, que sólo reserva sus energías para la cacería, la pesca o la guerra. De ahí viene la idea que el estado de esposa es considerado como muy penoso y difícil y que las madres (me aseguran en Barcelona que todavía hoy es así) frecuentemente ahogan y destruyen a sus hijas recién nacidas para librarlas de la suerte que les espera como esposas. De ahí viene el que a ninguna doncella se le permite casarse sin pasar por ciertas pruebas de valor y resignación, de las cuales me refirieron una muy original y efectiva; se cuelga una hamaca entre dos árboles a una altura que no permita saltar de ella al suelo; en esta hamaca se coloca (desnuda, se entiende) la aspirante al noviazgo; enseguida se le derrama encima una vasija llena de una hormiga grande o *bachaco*, cuyo aguijón tiene la suficiente fuerza para hacer derramar sangre. Para que la aspirante sea declarada digna de ser esposa, es necesario que sufra durante un tiempo dado los tormentos de esta refinada tortura, ¡sin un movimiento, sin un gemido!

Los caribes son los dueños del secreto del famoso veneno *curare*, con el que unta las puntas de sus flechas y que tanta mortandad causan en sus guerras. La preparación de este veneno extraído de sustancias vegetales es tan peligrosa, que de ordinario se confía, o más bien se impone, a las mujeres de más edad de cada tribu, las cuales muy frecuentemente sucumben en el acto de prepararlo.

Una de las curiosidades de Barcelona es la fuente de agua termal sulfúrea que brota en las orillas del Cutucual, tributario del Neverí, cerca de la parroquia de San Diego, a cuatro leguas de la ciudad. Resuelto a visitarla, conseguí gracias a los esfuerzos eficaces de mi dueño de casa las cabalgaduras

necesarias, y acompañado de otros cinco caballeros me puse en marcha a las seis de la mañana del día 20 de diciembre. Pasamos el puente; dejamos a mano izquierda la cárcel que es un edificio espacioso y la capilla de la que ya hablé; y nos encaminamos rumbo al este por una carretera plana que atraviesa un campo completamente agreste donde hay solamente árboles de espinas (que me dijeron producen una tinta parecida a la que da el palo de campeche), y *cardón*, que es una especie de cactus grueso que crece a la prodigiosa altura de más de veinticinco pies y que se usa para estacas de cerca, como se usa entre nosotros el tronco del cocotero. El camino era angosto y escabroso y las ramas de espinas azotaban y herían frecuentemente la cara de los que se descuidaban de evitarlas agachándose. Habiendo andado un rato empezamos a subir una altura moderada, extremo de un espigón que, desprendiéndose de la sierra que media entre la costa y el Neverí, viene a morir en la orilla de este río. El camino hasta la cima de este monte es infernal, pero corto; y no lo es menos el que de lo alto desciende. Sin embargo, logramos vencerlo gracias a los cascos firmes y ágiles de nuestras magníficas cabalgaduras y nos encontramos en breve siguiendo aguas abajo el borde del barranco del Cutucual. Continuamos por entre un matorral y a veces entre un bosque virgen en tierras completamente incultas, pero aparentemente riquísimas y adaptadas al cultivo de caña, cacao y café; finalmente atravesamos el Cutucual y fuimos a desayunar a San Diego, obra de una milla del otro lado de aquel barranco. La feligresía de San Diego, situada en la orilla derecha del Neverí, se compone de diez o doce chozas de paja y de un pequeño cobertizo con paredes agujereadas y casi caídas donde se celebra misa cuando Dios quiere; está habitada exclusivamente por gente de color y produce algo en maíz y mandioca que pueden ser transportados a Barcelona en pequeñas canoas. Pedimos posada en una de las chozas, cuya propietaria no sólo nos la concedió, sino que le agregó algo a nuestro desayuno, como café y aguardiente, negándose absolutamente a recibir remuneración. Concluido el refrigerio, retrocedimos a la orilla del Cutucual y empezamos a caminar por entre el monte, a pie y sin guía, en busca del agua termal. Habríamos caminado tres o cuatro veces la distancia necesaria, cuando principió a llover fuerte. Nos

reunimos en consejo y, partiendo del conocimiento que teníamos de que la fuente estaba en la misma orilla del arroyo, resolvimos buscarla remontándolo por sus márgenes. Sin embargo, el paso era difícil; las orillas eran altas y llenas de barrancos; de modo que tuvimos que atravesar de un lado a otro varias veces. La lluvia continuaba: enseguida comenzó a enturbiarse el agua y a aumentar su volumen; y al cabo de una hora nos encontrábamos en una posición crítica, mojados hasta los huesos, ¡enredados en el monte y sitiados por un torrente caudaloso que se había interpuesto entre nosotros y el mundo civilizado! ¡Todo esto sin cubrir el objeto de nuestra jornada! Pero no existe nada que no venza la perseverancia humana; después de tantos trabajos uno de nuestros compañeros que caminaba en la vanguardia dio el grito de la victoria y nos señaló la fuente de agua caliente que brotaba con fuerza y tan cerca del Cutucual que sus aguas la invadían y se mezclaban con las de la fuente, trayendo a ésta muchos camarones que flotaban por sus orillas completamente cocidos y rojos. La fuente tiene una braza de largo y media de ancho; su agua es sulfurosa pues contiene hidrógeno sulfurado y carbonato de cal¹; su temperatura en el lugar donde brota de la tierra y antes de confundirse con las aguas del arroyo, es de 170° Fahrenheit y ha hecho milagros en casos de reumatismo y de sífilis. Aproveccionándome de una botella de esta agua y pasando el Cutucual con el agua por la rodilla, regresé con mis compañeros a San Diego y montamos todos a caballo para regresar a Barcelona pasando por Aragüita.

Sin embargo, era necesario atravesar el Neverí que no da vado; y para ello buscamos los barqueros que hacen la travesía y desensillamos nuestros animales. Metiéndonos en la canoa con las sillas, dejando los caballos atrás, fuimos transportados fácilmente al otro lado y nuestros remadores regresaron para llevar a los animales; pero apenas llegaron al lado opuesto del río nos gritaron que ¡no pasarían los caballos sin saber cuánto les pagábamos! Nos dimos cuenta pues que habíamos caído en una trampa y que no quedaba otro recurso que rendirnos de manera incondicional. Así lo hicimos, acordando el pago de una suma muy superior a la tarifa, aunque realmente tan módica que

en Europa sería considerada apenas como una suficiente *pourboire*. Entonces, se desvistieron seis indios y sosteniendo cada uno de ellos un caballo por la punta de un largo cabestro, se lanzaron todos al agua, como otros tantos delfines, remontando el río de manera de darle el descuento necesario al impulso de la corriente y pasaron los animales sin problemas. Se veía que no era solamente el amor a la paga sino también la vanidad lo que los movía a emprender una tarea que a nosotros nos parecía tan arriesgada; pues no limitándose a conducir tranquilamente los caballos, daban vueltas, se zambullían, se volteaban de espaldas, como si estuvieran en su elemento.

Ensillados nuevamente nuestros caballos, seguimos el camino de Aragüita, localidad situada en la orilla izquierda del Neverí, a una distancia de Barcelona casi igual a la de San Diego. A veces por entre un monte virgen, y a veces por una *sabana*, o sea, por un capín o pasto de una altura tal que apenas surgían por fuera las cabezas de los caballos los cuales adivinaban antes por instinto el camino que lo seguían con la vista, caminamos venciendo increíbles dificultades, contusos, arañados y heridos; y, después de una legua de camino entramos a Aragüita. Esta parroquia es del género de la de San Diego, pero sus casas o chozas son un poco mejores y su iglesia, aunque le llueva adentro como en la calle, es nueva y espaciosa. Me llevaron allí para ver un Santo Domingo *aparecido*, imagen que se pretende *que ha crecido naturalmente del tronco de un cedro*; ¡me mostraron como prueba irrefutable sus espaldas planas e iguales con las marcas de la sierra que las separó del citado tronco!

La lluvia que comenzó a caer de nuevo nos dio prisa para dejar Aragüita; y anduvimos por la orilla izquierda del Neverí en dirección a Barcelona, o sea, del oeste. A poca distancia de Aragüita y en la pendiente meridional de una pequeña sierra, que estaba situada a nuestra izquierda, están las famosas minas de carbón de piedra recientemente descubiertas en tierras de una pobre mujer, a quien su actual dueño (hombre poderoso) se las compró por una bagatela. El carbón es de excelente calidad y con un pequeño

trayecto de menos de media legua puede ser llevado a la orilla del Neverí y de allí por agua a Barcelona y a alta mar. Por consiguiente, es una gran riqueza y puede ser un día fuente de mucha prosperidad para Barcelona. El diluvio que caía sobre nosotros me impidió ir a visitar el lugar donde estaba el carbón, como era mi deseo.

Después seguimos debajo del agua y traspasados de frío y de humedad; ¡justo castigo a la seguridad y tono doctrinario con los que ponderé en otra parte de estas memorias lo bien divididas que eran en Venezuela las estaciones de lluvia y de sequía! Estábamos en lo más fuerte de la estación de la sequía y, sin embargo, debajo de un aguacero semejante a aquéllos que en los meses de enero a mayo convierten nuestras calles de Río en caudalosos torrentes. Pero era necesario caminar, y caminábamos. Vadeamos el río Narigual, afluente meridional del Neverí, con el agua por el cuello de los animales; visitamos de prisa otra fuente termal que existe a pocas brazas del río debajo del agua y que es de la misma naturaleza que la de San Diego, pero de temperatura menos elevada; y al anochecer llegamos al río Aragua, también afluente meridional del Neverí, pero que no da vado. Con penosos esfuerzos que la noche hacía aún más penosos, desensillamos nuestros caballos, los metimos al río tirándolos por los cabestros y atravesamos el río en una canoa de dos en dos y los caballos a nado. Finalmente, en un estado que *mejor es juzgarlo que experimentarlo*, llegamos a Barcelona después de las nueve de la noche, habiendo andado cerca de diez leguas de horribles caminos.

Los tormentos que había sufrido por confiarme en la *Democracia* me indujeron a buscar un medio más seguro de proseguir mi viaje. Por consiguiente fleté para mí solo un *falucho* para llevarme a Cumaná, Margarita y La Guaira, con la facultad de llegar al puerto que me pareciera y de dirigir a mi gusto el viaje, siendo calculado el flete a tanto por día. El falucho es un barco sin cubierta, parecido a nuestras *falúas*, pero tal vez más corto y con más boca; tiene una sola vela triangular y cuatro remos. Le mandé

armar un toldo construido de varas y cubierto de esteras y de una lona alquitranada por encima de las esteras; le introduje los arreglos necesarios para dormir, una buena provisión de víveres y lo necesario para calentarla; y el día 21 de diciembre estaba mi barco listo, enarbolando en la popa la bandera de Venezuela y en la punta del mástil, la brasileña.

Recogí algunas muestras de carbón de Aragüita; tuve noticias e informaciones minuciosas de otra mina del mismo combustible situada en la propia margen del río Unare, a una legua de su embocadura, en un lugar donde pueden atracar grandes escunas; y, despidiéndome del respetable y hospitalario venezolano que me había recibido y de su amable y numerosa familia, fui acompañado por algunos compañeros de la víspera hasta el falucho a donde embarqué con mi Simplicio y en el cual ondeó la bandera auriverde por el Neverí abajo, sin duda por la primera vez, el día 21 de diciembre a las dos de la tarde.

Diré que la impresión que me dejó Barcelona como ciudad no fue por cierto agradable. Las muchas ruinas que la afean, el estado de decadencia de su *material*, el poco movimiento de sus calles, la incultura de sus arrabales, en donde, con excepción de las orillas del río al pie de la ciudad, se encuentran matorrales y espinos tan pronto se acaban las calles, presentan un aspecto de decadencia y pobreza que aflige. Mucho se habla de mejoras; me aseguraron que ya estaba encargado un puente de hierro a los Estados Unidos que ha de sustituir el actual sobre el Neverí, que se proyectaba un ferrocarril desde la boca del río hasta un punto en donde la navegación es libre; sin embargo, el presente estado destruye la fe sobre la realización de estos proyectos. Dejé Barcelona tan lleno de gratitud por los obsequios que allí recibí como triste por las impresiones que me causó el estado de la ciudad y de sus suburbios.

Descendiendo a impulso de varas por el Neverí abajo, en una hora llegamos a la estación de los guardias de la aduana a quienes fuimos a mostrar nuestra licencia de navegación y continuamos el viaje. Sin embargo,

encallamos en el bajo de la boca, de manera que fue necesario que el patrón y los cuatro bogas, como se llaman los remadores, saltaran al agua y a fuerza de hombros, trataran de desencallar el barco, en medio de una fuerte resaca que reventaba sobre el bajo. Salimos por fin al mar y dirigimos la proa al este, remando por un mar muerto. Dejamos a la izquierda la isla de Borracha y a la derecha una península, (el cerro de Barcelona), que se comunica con la tierra por una restinga baja de arena donde existen las ruinas de una buena fortaleza y continuamos avanzando por entre una multitud de islas que, surgiendo en la costa de la provincia de Barcelona a una milla de distancia de tierra firme, forman un canal de aguas quietas, donde los barcos pequeños navegan con toda seguridad y que parece construido para escondrijo de corsarios y filibusteros, como ya lo fue en tiempos remotos.

La noche estaba lo más serena posible; la luna, casi llena, se nos asomaba por la proa; y en verdad la situación era interesante y poética. Al principio los bogas remaban en silencio y el sonido monótono de sus remos conjuntamente con la complejidad de las circunstancias, me trajo a la memoria los versitos de Béranger:

*Sobre la onda mansamente
Navegando noche y día
que dócil es mi barquilla
que al destino se confía.
Toda la vela se infla
Vamos lejos de la orilla.
Boga, boga mi barquilla
¡Séme fiel, oh suave viento!
Boga, boga mi barquilla
Boga, que puerto hallaremos².*

Poco después supe que las ideas poéticas que me inspiraba la escena eran compartidas por mis remadores que en tono melancólico y en coro afinado comenzaron a entonar numerosas redondillas de amores y de proezas, que hicieron la situación todavía más romántica y me obligaron a seguir mentalmente al distinguido poeta francés:

*y llevo de pasajera
la amable musa del canto
y mi carrera ligera
se iguala con ese encanto.
Ella alegre va conmigo
Conmigo ella va cantando.
Boga, boga mi barquilla
(Séme fiel joh! suave viento)
Boga, boga mi barquilla
Boga, que puerto hallaremos³*

Al amanecer del día 22 de diciembre teníamos a Borracha (punto notable de la costa de Venezuela, del cual se distingue parte de las cuatro provincias de Caracas, Barcelona, Cumaná y Margarita) al oeste, a Punta Gorda por la proa, a nuestra izquierda las islas Chimanas y a la derecha la costa firme. Punta Gorda es un promontorio, o más bien una estrecha lengüeta de tierra que se prolonga en dirección de este a oeste, abrigando el golfo de Santa Fe, que le queda a sotavento. Dirigimos la proa del falucho hacia este golfo con el ánimo de desembarcar en su puerto para desayunar y descansar; y allá llegamos a las nueve de la mañana. En la orilla del mar en el puerto de Santa Fe existen apenas dos pequeñas chozas de paja de construcción primitiva; pero toda la playa, en una distancia considerable para ambos lados y hacia el interior, está ocupada por un espeso cocotal cuya fresca y amena sombra nos proporcionó el comedor más apacible que se pueda imaginar. La propietaria de las chozas se había ido para Barcelona; y encontramos dos muchachos (uno mestizo y uno negro) de diez a doce años, con los cuales nos entendimos perfectamente bien, descubriendo que eran expertos en la teoría del medio circulante de Venezuela y en su aplicación práctica en provecho propio. Se desembarcó todo lo necesario para hacer el desayuno y se pusieron a prueba los talentos culinarios de mi Simplicio, que en verdad los desarrolló como un Vattel⁴ produciendo un famoso capítulo del verdadero derecho de gentes (el de matar el hambre) al que hicimos justicia, él y yo, como unos abades.

Terminada esta operación esencial se me presentó un isleño canario, diciéndome que a poca distancia de allí estaba la hacienda de Santa Fe, cuyo propietario estaría encantado de verme y se ofreció para guiarme. Lo seguí en dirección al interior; y, por un camino sombrío, pantanoso y que llevaba el sello de la insalubridad, llegué, después de haber caminado una milla, a la carretera general que conduce de Barcelona a Cumaná; y habiendo pasado por algunos ranchos y casas situados al borde de la citada carretera, también de paja pero espaciosos y cómodos, me hallé en la casa donde estaba el propietario a quien buscaba y a quien encontré ocupado en dirigir sus trabajos agrícolas. Al ser informado de que mi único fin era pasear, pareció incrédulo y trató de penetrar con repetidas preguntas en lo que le parecía un misterio: mi aparición por aquellos lugares desconocidos. Por fin me manifestó que muy cerca de allí (a tres leguas de distancia) se había descubierto un mineral que se suponía ser oro y que le haría un gran servicio a los habitantes de Santa Fe si me prestara a verificar el hecho. Me excusé como pude y regresé al puerto. Por el camino me vinieron al encuentro varios habitantes uno de los cuales (un indio viejo) me volvió a hablar de la mina de oro ofreciéndome pagar mi trabajo si yo la fuera a examinar. Le hice ver que yo sólo entendía de oro cuando veía en él acuñada una cabeza de rey o un águila, y conseguí escapar de estos inoportunos y terrestres argonautas y de su vellocino, reuniéndome con mi gente.

La hacienda de Santa Fe está situada a media distancia entre Barcelona y Cumaná, a seis leguas de distancia de estas dos ciudades y ya en la provincia de Cumaná. Los habitantes de los alrededores cultivan caña de azúcar de la que hacen aguardiente; pero la principal industria del lugar consiste en el cultivo del maíz, de la yuca, de los cocos y de los plátanos, de los que se exportan considerables cargamentos a las ciudades vecinas y aun a La Guaira. En Santa Fe no encontré sino dos hombres blancos: el propietario de la hacienda y el isleño que me sirvió de guía.

A las dos de la tarde zarpamos del puerto con proa hacia el norte y viento noroeste suave. Pasamos Punta Gorda y navegamos hacia el este entre

la lengüeta que termina en la mencionada punta y las islas Caracas. Al anochecer nos sopló la brisa marina de nordeste con tal violencia y tuvimos que resistir una corriente tan rápida, que casi no avanzamos nada durante toda la noche. Por consiguiente, luchando contra estos dos obstáculos y cambiando frecuentemente de rumbo, como lo exigía la estrechez de las aguas en que navegábamos, sólo al amanecer salimos de las islas y llegamos a la altura en que la costa es limpia y despejada hasta Cumaná.

El día 25 de diciembre teníamos a la vista el puerto de Cumaná, junto a este puerto por el norte la entrada del magnífico golfo de Cariaco que tiene milla y media de ancho, y un poco más adelante Punta Araya, extremo de la península del mismo nombre. Continuamos a bordear con trabajo; y noté en el momento de cambiar de rumbo una nueva especie de voz de mando que me llamó la atención. En el momento en que el patrón volteaba el timón hacia el puente gritaba: *Vaya con Dios*; y el marinero de proa contestaba a esta voz cambiando de vela y diciendo: *Venga con la Virgen*. Estas palabras que al principio me parecieron fortuitas y sin significado, fueron invariablemente repetidas en situaciones semejantes hasta el final del viaje; y después supe que su uso era particular de todos los margariteños, de los cuales se componía la mayoría de mi tripulación.

Noté que las aguas que bañan las costas de Cumaná y Araya y salen del golfo de Cariaco estaban, por debajo de la superficie, llenas de una sustancia fina y amarillenta que las hacía parecer como llenas de serrín. Me informaron que se trataba de lo que se llama en ese país *agua-mala* que son animalitos diminutos o moluscos, cuyo contacto quema como cáustico.

Después de las nueve de la mañana la calma fue sustituida por un viento de nordeste fresco y bordeamos para entrar al puerto, yendo por el borde del mar casi hasta tocar la península de Araya. Después del medio día la bandera brasileña ondeó en el aire del mencionado puerto; y desembarqué en el lugar llamado El Salado, una playa cercana a un puente de desembarque

que está por terminar y a una milla de larga de la ciudad. El camino que conduce de El Salado a Cumaná es una perfecta recta, alabeado, firme y seco. Por él se entra a la ciudad por una calle con cien palmos de ancho, cuyo centro es de arena y cuyos lados están guarnecidos de andenes de ladrillo; y por esta calle se va al puente del río Manzanares, el que dividiendo la ciudad en dos partes desagua en la embocadura del golfo de Cariaco un poco a sotavento de El Salado. Las escunas y barcos más grandes descargan en El Salado, pero los faluchos y las lanchas pueden subir el Manzanares y atracar en sus orillas hasta el lado inferior del puente.

En cualquier ocasión, pero especialmente después de dejar las ingratas playas de Barcelona y Santa Fe, el aspecto de Cumaná es lo más encantador posible. Allí el cielo es proverbialmente puro; la luna tal vez equivale al sol no sólo de Londres sino de Nápoles; el tortuoso curso del río que se distingue hasta perderse de vista, marcado por un espeso cocotal que le adorna sus orillas, sus casas arregladas, limpias y blaqueadas, su elegantísimo puente y la brisa vivificante que corre sobre ella, hacen de Cumaná en mi opinión el jardín de Venezuela. Puede ser que la novedad y el contraste con los lugares que acababa de visitar me alucinaran, pero agregaré que allí encontré un distinguido escritor francés que, habiendo visto mucho mundo, residido largos años en las orillas del Manzanares, me confirmó plenamente lo que acabo de decir en panegírico de este delicioso retiro.

El puente sobre el Manzanares es de madera; sus puntales se afirman en ocho bases de tierra sólida situadas en el río como otras tantas islas. Estas bases o cimientos están formados por un dique de estacas fuertes, que tiene dos brazas de anchura y se extiende tres o cuatro río arriba por fuera del puente, terminando en forma de *ojiva* o de proa de navío de modo que modera o quiebra la fuerza de la corriente. El espacio dentro del dique está lleno de tierra y sembrado de sauces, cuyas raíces ayudan a afirmar los cimientos y cuyo frondoso y cipresiforme ramaje crece mucho más alto que el puente, dando sombra a los que por él transitan o en él descansan, y formando un

paisaje verdaderamente encantador. Este puente es el retiro favorito de los habitantes de Cumaná que vienen todos los días a hacer sus *tertulias* en los bancos que adornan sus balaustradas; y a decidir sobre los asuntos políticos de la ciudad, de la república y del mundo entero.

El río Manzanares divide a Cumaná en dos parroquias, la de Alta Gracia del lado del mar y la de Santa Inés del lado de la tierra. Esta última es una buena iglesia de tres naves, muy bien conservada y adornada con una aguja o torre puntiaguda que hace recordar las iglesias parroquiales del campo en Inglaterra. Hay otras dos capillas (Carmen y La Trinidad), un hospital de caridad, edificio grande y aseado, y uno de leprosos, desgraciados que abundan en esta provincia y en la de Guayana. El antiguo convento de San Francisco está hoy ocupado por un colegio nacional. Un espacioso teatro, comenzado por suscripción y suspendido por falta de protección de la autoridad, da testimonio del gusto de los cumaneses por el drama; y en la casa en donde fui espléndidamente hospedado encontré una pianista de primera clase, que acompañada con la flauta por un hermano, joven venezolano que bajo los auspicios del barón de Humboldt frecuentó la escuela politécnica de Berlín y militó en el ejército prusiano, me proporcionó agradables oportunidades de admirar el grado de perfección con que se cultiva la música en Cumaná.

Sin embargo, esta bella ciudad, tan agradable por su situación, por su aseo y por su clima, no tiene importancia por su comercio. Sus inmediaciones poco producen, por falta de riego que bien puede ser introducido y que actualmente se trata de introducir; y su riqueza consiste casi exclusivamente en la sal que exporta a Araya, en el producto de sus pesqueros y en muy poco cacao, café, tabaco y añil. Es un lugar importante por el gran contrabando que allí se hace con mercancías de Trinidad, de las Antillas y de Santo Tomás.

La ciudad de Cumaná es la más antigua de todas de la costa firme. Sus Costas fueron las que primero descubrió Cristóbal Colón en su tercer viaje en

el año 1498. En 1520 Gonzalo Ocampo fundó a media legua de la desembocadura del río Manzanares una población a la que llamó Nueva Toledo; y en 1521 Jácome Castellón vino de España por orden del Almirante don Diego Colón, llegó a Manzanares, concluyó la fortaleza de San Antonio principiada por Las Casas y dejando la ciudad en el sitio en donde se encuentra (latitud 10° 38' norte y longitud 66° 30' oeste del meridiano de París) le dio el nombre de Nueva Córdoba. En 1750, un terremoto destruyó la fortaleza, terremoto durante el cual el mar subió veinte pies sobre el nivel ordinario, observándose que de los manantiales de las montañas cercanas brotaron aguas negras y salobres saturadas de azufre. Todo el terreno plano que baña el Manzanares está impregnado de muriato de soda; de lo cual se deduce naturalmente que en tiempos anteriores estaba cubierto por las aguas del mar, y que la colina que hoy en día está del lado de la ciudad, donde se encuentra el castillo de San Antonio, era una isla del golfo de Cariaco.

La población de Cumaná, que contiene una mayor proporción de gente blanca que la de Barcelona, estuvo cerca de las veinte mil almas; sin embargo, hoy en día apenas cuenta con seis o siete mil. Esos son en América los resultados de la independencia y de la libertad⁵.

El castillo de San Antonio situado en una colina a ciento ochenta y seis pies sobre el nivel del mar, contiguo a la ciudad por el lado del naciente, hoy en día es visitado con mucho interés por haber sido recientemente la prisión del general Páez. Este célebre jefe, que fue uno de los principales destructores de la antigua Colombia y antagonista de Bolívar, consiguió dominar en Venezuela, por sí solo o por sus protegidos, desde el año de 1830 hasta 1846, o sea, durante cuatro períodos presidenciales, durante los cuales él ocupó dos veces la presidencia, una el general Soublette, su amigo, y otra el doctor Vargas que fue destituido por una revolución y sustituido por el propio Soublette como vicepresidente. En 1846 las ideas demagógicas de la oposición exacerbaron a la plebe de tal modo que Páez pensó que para no perder su posición era necesario buscar nuevas alianzas y promovió la candidatura del

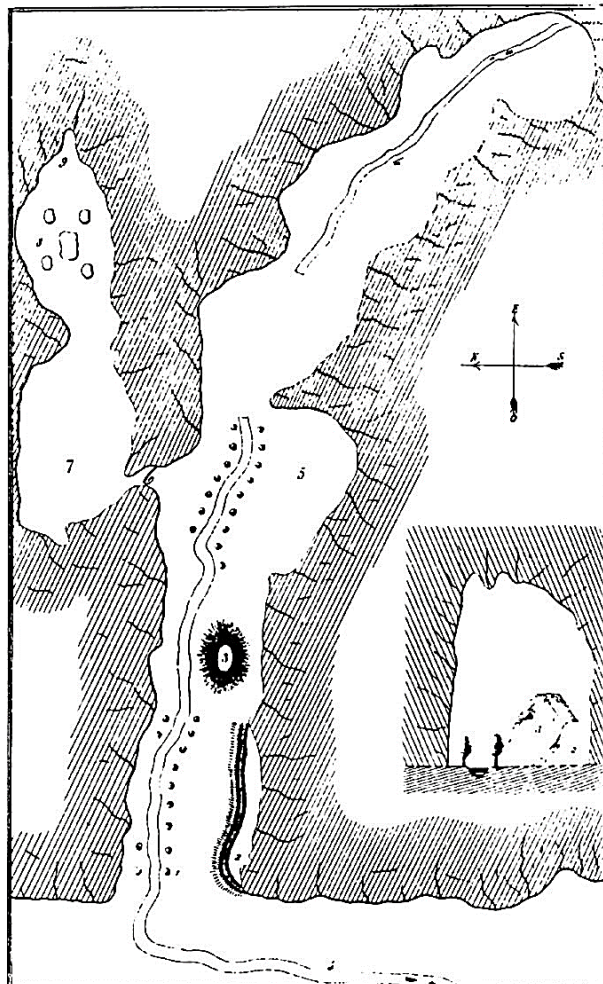
general Monagas, a quien suponía que podía dominar. No obstante, Monagas, una vez elegido presidente en 1847, queriendo emanciparse de su protector y rival y viendo tal vez que el partido de Páez estaba deteriorado, se lanzó en los brazos de los liberales. El congreso, compuesto por partidarios de Páez, u oligarcas, decidió su caída; pero él, mientras sus antagonistas gastaban el tiempo charlando, obrando enérgicamente y con recursos materiales superiores, hizo marchar una tropa contra el edificio en donde estaban reunidas las cámaras y dispersó a los legisladores sacrificando a bala o a bayoneta varias víctimas, entre otras al distinguido ciudadano de Colombia, Santos Michelena. Esto sucedió el 24 de enero de 1848, día memorable para Caracas, todavía hoy celebrado como día de horror y de luto para algunos y de salvación y de triunfo para otros. La consecuencia de este cruento golpe de Estado fue una revolución, a cuyo frente se colocó Páez; pero este general vio sus fuerzas destruidas, capituló con el general que lo perseguía en nombre de Monagas y fue sometido a juicio y encadenado. No obstante, consiguió salvar su vida; y, siendo condenado al destierro fue encerrado en la prisión del fuerte de San Antonio en Cumaná hasta que pudo salir del país y viajar a los Estados Unidos donde vive actualmente⁶. Visité el cuarto donde él estuvo preso incomunicado, sin más luz que la que le entraba por una ventana alta y en cuyas paredes leí numerosos y brutales letreros de imprecaciones y diatribas con lo que sus enemigos trataban de hacer más penosa su situación.

En la provincia de Cumaná, y a una distancia de veinticinco leguas de la ciudad en dirección del sudeste, está la célebre *Cueva del Guácharo*, una de las cavernas más famosas que existen en el mundo, la cual fue visitada y descrita por Humboldt a principios del presente siglo⁷. Sin embargo, me informaron varias personas, entre ellas el distinguido escritor francés de quien ya hablé y que es propietario de la hacienda de San Agustín en donde está situada la caverna, que Humboldt visitó apenas una pequeña parte de ella, como es fácil de deducir comparando lo que él dejó escrito con lo que hoy se sabe. No tuve tiempo para ir a visitar ese extraordinario lugar; no obstante, conversé con varias personas que lo visitaron, las interrogué con muchos detalles y, como

resultado compuse el dibujo adjunto del plano y elevación de la caverna, que fue rectificado y aprobado por varios individuos que estuvieron en ella. Su entrada es como la mitad de un arco gótico; a la derecha (entrando) hay una elevación que forma una especie de galería o tribuna o púlpito⁸; más adentro esta elevación es aún mayor, formando una colina de estalactitas, más allá de la cual se encuentra el salón principal de ochenta pies de altura en cuya cúpula dan vueltas y sueltan gritos agudos, como los de los micos, millones de pájaros nocturnos a los que llaman *guácharos* y de los cuales los indios extraen, mientras son pequeños, una abundante grasa que comen y aplican a otros menesteres. La oscuridad es tal que nadie entra allí sin llevar numerosas antorchas cuya profusa luz apenas aclara una pequeña área alrededor del punto en el que se hallan; y, como en toda caverna, las paredes de esta sala y sobre todo el techo, están llenos de filtraciones de estalactitas que crecen y se enredan en forma de serpientes, cuyos cuerpos tortuosos brillan a la luz de las antorchas dándole al lugar un aspecto verdaderamente infernal. Un riachuelo de agua frigidísima brota de lo más íntimo de la caverna, corre hasta cierta altura, desaparece, vuelve a aparecer en la sala de los guácharos y luego sale por la entrada. Sus orillas están guarnecidas de arbustos. De la sala de los guácharos se pasa por una pequeña puerta o abertura, estrecha y tan baja que es necesario andar a gatas a otra sala situada del lado izquierdo, en la cual no penetran los pájaros y donde reina el más profundo silencio. Finalmente, esta sala se comunica con otra, en cuyo centro la acumulación de estalactitas ha formado lo que imita perfectamente un túmulo con cuatro cipreses en las cuatro esquinas. En el extremo de esta sala se abre una grieta o corredor que no tiene salida. Hasta hoy no se ha descubierto otra entrada a esta caverna sino la de su boca principal; pero en vista de la facilidad con que respiran sus innumerables habitantes y con la que se alimenta la combustión de las antorchas de los que la visitan, se puede conjeturar que en sus escondrijos hay alguna grieta o salida por la cual se puede renovar el oxígeno del ambiente.

Se dice que el buen tabaco que crece en los alrededores de la Cueva del Guácharo se debe al guano con que las aves nocturnas lo fertilizan; sin

embargo, hoy en día esa idea está ridiculizada en Cumaná, y la calidad del tabaco, que es extremadamente fuerte, es atribuida a la naturaleza de los terrenos adyacentes. Los indios del vecindario aprecian mucho el pichón del guácharo, que es casi pura grasa; para cogerlos recuestan en las paredes de la caverna unas escaleras de mano prodigiosamente largas como lo requiere la altura de la mencionada caverna y por ahí suben al lugar donde revolotean los pájaros, que es el más elevado, atando sobre las espaldas perpendicularmente una antorcha cuya luz los guía en esta original y peligrosa cacería. No es raro que se precipiten desde lo alto y se despedacen sobre el escabroso piso de la caverna.



Cueva del Guácharo

En Venezuela la víspera de la Navidad –*Nochebuena*– es celebrada con mucha animación y Cumaná es una ciudad cuyos habitantes están siempre listos para todo lo que sea fiesta. Era mucha la gente que venía del campo a oír la misa del gallo; y más tarde al anochecer las calles presentaban un aspecto de extraordinario movimiento. Hacia las diez de la noche aumentó la concurrencia y numerosos grupos de cuarenta y cincuenta personas, entre las cuales había mucho enmascarado, recorrían las calles de la ciudad tocando guitarra y cantando canciones apropiadas para lo que llaman *aguinaldos*. A la media noche todos entraron a las iglesias a oír la misa; después de la misa siguió la cena en la que es de rigor que figure la *ayaca*, una especie de pastel de carne con pasas, muy condimentado y cubierto con una masa de maíz. Después de la cena, en muchas casas y por las calles continuaron el canto, la música, el baile y el regocijo hasta el amanecer.

El día 25 de diciembre traté de preparar mi grupo para dejar al día siguiente a Cumaná, tierra que me causó una impresión más agradable que ninguna otra en Venezuela. Su clima es verdaderamente delicioso, su mercado bien surtido de pescado y de frutas, sus habitantes festivos y aseados y, para quien esté cansado del mundo y quiera vivir fuera del tumulto del mundo, no existe tal vez un retiro más indicado que el de las márgenes del Manzanares americano. Me despediré de esta tierra apacible mencionando una ley provincial que rige allí y que, por ser original, me pareció una prueba de la tendencia práctica de la legislación de la provincia y que indica el carácter laborioso de sus habitantes. Todo ciudadano está obligado, personalmente o pagando a quien lo reemplace, a trabajar un cierto número de días al año para la conservación de los edificios y obras públicas de la provincia. Esta ley es del 5 de diciembre de 1851 y se llama *Ordenanza de ornato público*.

En la madrugada del 26 de diciembre, a la luz de la más brillante luna que se pueda imaginar, estábamos de nuevo navegando. En la travesía frente a la embocadura del golfo de Cariaco experimentamos una fuerte corriente y

una gran ola que nos incomodó bastante, pero que cedió apenas llegamos a la costa de la península de Araya. A una distancia de tiro de pistola, fuimos siguiendo la costa que es escarpada, con una elevación de diez o doce brazas sobre el nivel del mar y formada por una piedra porosa que usan en toda la república para filtrar agua. Sobre una de las cimas de esta costa se ven las ruinas de una magnífica fortaleza que levantaron los españoles y un poco más adelante la bahía a donde van a cargar la sal. Es un excelente ancladero con fondo para que los mayores buques amarren atracados a la tierra y al lado tiene una espaciosa casa de teja donde residen los empleados fiscales encargados de administrar la salina. Consiste en una inagotable mina de sal natural que es monopolio del gobierno, el cual la administra o arrienda por contrato.

Proseguimos a lo largo de la costa pasando por encima de un banco que partiendo del extremo de la península de Araya se extiende en una distancia considerable hacia el occidente, y en el cual nuestro falucho, a pesar de necesitar poca agua, tocaba fondo con frecuencia; y finalmente nos aproximamos a la tierra para amarrar en un lugar llamado Punta Araya donde vimos algunas viviendas. Allí encontramos varias casas cubiertas de teja y mucho más espaciosas y sólidas de lo que esperábamos. A la sombra de una de ellas, ya que no había un solo árbol, se preparó nuestro desayuno; y, a él nos lanzamos con un apetito devorador. El establecimiento de pesquería de Araya en donde nos encontrábamos es uno de los más importantes de la costa; allí vimos en tierra, bajo la sombra, dos grandes canoas capaces de llevar treinta hombres cada una, y fuimos visitados por varios pescadores del lugar, a los cuales nuestra llegada y nuestras banderas causaban una indecible sorpresa y curiosidad. Allí me confirmaron lo que ya había oído en Cumaná: ¡que en la época de la pesca de *lisa* hay un lance en que se recogen mil quinientas arrobas de pescado! En estos parajes abundan el *pargo* (rojo) y la *lisa*, pescados del fondo del mar, y el *carite* y el *cuna* (especie de abadejo), pescados de flor de agua.

En Punta Araya me divirtió enormemente el movimiento de las innumerables aves acuáticas que se ocupaban de la pesca de la sardina junto a la tierra. Estas eran la arrogante gaviota que con vuelo sereno y elegante se mantenía a cierta altura, el deforme alcatraz y una clase de ave pintada que llaman *guanaguanare*, especie de parásito que no teniendo la suficiente fuerza para coger la sardina, persigue al alcatraz y se la roba de su feo y poco ágil pico. Los alcatrazes vuelan en bandos de quince a veinte y, apenas divisan el cardumen de sardinas, se lanzan sobre ellas con la rapidez y destreza de una flecha, pero en el continente son perseguidos por un número tres veces mayor de guanaguanares, de los cuales dos se posan sobre su cabeza y dos se le atraviesan por en frente; y mientras el alcatraz se voltea de un lado para el otro para tragar su presa, los guanaguanares vigilan la aparición de una extremidad por los lados del pico y se apoderan de ella.

Entretenido con este curioso ejercicio de las aves que podría formar un quinto verso al *sic vos non vobis* de Virgilio y cautivo del lugar por la amenidad del clima y la frescura de la brisa, tan sólo a las dos de la tarde me puse nuevamente en marcha. Emprendimos entonces la travesía hacia la isla Margarita, navegando de bolina con la brisa fresca de nordeste y teniendo a la vista por la proa la sierra de Macanao en la propia isla Margarita y por la derecha la isla de Cuagua o Cubagua, donde existe uno de los bancos de perlas más extensos de la provincia. La travesía fue penosa porque el viento estaba fuerte, la corriente violenta y el mar agitado; pero como el falucho navegaba bien de bolina en cinco cuartas y el patrón aprovechaba todas las ráfagas, al anochecer conseguimos montar Punta Arenas, extremidad occidental de la isla Margarita. Nos encontrábamos pues en la costa septentrional de esta isla. Poco después se asomó por detrás de la sierra de Macanao la luna tan brillante, tan redonda y presentando un disco de tan prodigioso diámetro que causaba éxtasis. Hay sensaciones que el hombre no puede guardar dentro de sí y que siente la necesidad irresistible de comunicarlas. Así sucedió con ésta; y poniendo de lado todas las consideraciones de conveniencia y de dignidad, llamé a Simplicio que ya estaba acostado para dormir y señalándole la escena

que yo contemplaba, le provoqué la exclamación de *¡magnifique!* Además, animado por mi familiaridad continuó diciéndome: “Monsieur, j’ai connu un jeune homme qui avait la ridicule idée de que la lune était un monde comme le nôtre! La lune, une substance si petite et si mince! Et, ce qui est encore plus extraordinaire, c’est que c’était un élève du profond abbé de Lammenais!”.

Vencida Punta Arenas teníamos que navegar con rumbo al nordeste, y del nordeste nos sopló viento toda la noche; de manera que al amanecer del día 27 de diciembre poco habíamos avanzado. Por la derecha teníamos la costa septentrional de Margarita que está atravesada por la alta sierra de Macanao, cuyos picos son otros tantos *mamelons*, muy semejantes a nuestra Tijuca, por la proa la punta de Paraguachí y muy cercanos a ella unos islotes a los que llaman Piedras del Tigre.

La isla Margarita está dividida en dos partes por la naturaleza; la del oriente, la verdadera Margarita, adaptada a la agricultura y la del occidente, o Macanao, con la que estábamos emparejados, destinada a la cría de ganado, especialmente de cabras. A la orilla del mar avistamos algunas chozas donde viven los pastores de estos animales. Las dos partes de la isla están comunicadas por una lengua de tierra baja que tiene una laguna en la mitad con salida al mar por el lado sur, a la cual llaman La Restinga. La parte agrícola de la isla también es montañosa, siendo sus principales elevaciones la sierra de Matasiete al nordeste y la de Copei en el centro con cuatro mil pies sobre el nivel del mar.

Luchando contra viento y corriente y retardados también por la resistencia que ofrecía el toldo del falucho, solamente después de la media noche fondeamos en el puerto de Juangriego; y habiendo anclado tranquilamente esperamos que despuntara el día 28 de diciembre, día de los inocentes, dentro del falucho.

El puerto de Juangriego está en una magnífica ensenada, cuyos cabos son por el sur la Punta Tuna y por el norte el Morro de la Galera, el cual, para quien entra desde el mar, presenta la forma perfecta de una pirámide. En la mitad de esta ensenada crece perpendicular a ella desde la playa una lengua estrecha de tierra que divide la ensenada en dos bahías. Sobre la lengua de tierra hay dos cerros donde se observan ruinas de dos antiguos fuertes españoles. En la más septentrional de estas bahías el general Páez intentó en 1848 hacer un desembarque durante la revolución a la que ya aludí; pero fue rechazado por los margariteños que se pronunciaron espontáneamente contra él. El puerto de Juangriego es abrigado y tranquilo y la población que apenas tiene la categoría de parroquia es alegre, activa y con aspecto de prosperidad. Consiste en una calle principal paralela a la playa, sin embargo más de diez brazas alejada de la orilla del mar, y de varias calles más pequeñas que atraviesan la principal, de buena anchura y que penetran hacia el interior, en el extremo de una de las cuales está la iglesia actualmente en construcción bajo la vigilancia de un capuchino que es cura. Las casas son espaciosas, de un solo piso de buena altura, muy limpias exteriormente y cubiertas con tejas. En varios lugares el frente está adornado con una hilera de cocoteros. El puerto es más frecuentado que el de Cumaná y mucho más que el de Barcelona, principalmente por faluchos que se emplean en la pesca y en el comercio de contrabando que hacen con las islas inglesas; pues los margariteños son emprendedores, impacientes de todo el yugo y casi monopolizadores de la navegación del oriente de Venezuela.

Juangriego debe tener una población de unas mil almas; sin embargo, lo que causa impresión, como en Cumaná y aún más que en Cumaná, es la gran desproporción que existe entre el número de las mujeres y el de los hombres; debe haber diez mujeres para un hombre. Me explicaron que eso se debía a la superabundancia de la población que obligaba a una gran parte de los margariteños a emigrar; recurso que los hombres podían adoptar con más facilidad que las mujeres. La gente es de buena raza, casi toda blanca o con mezcla de indio, robusta, laboriosa y mucho más mesurada que la de las otras provincias de la república.

La casualidad hizo que yo anclara en Juangriego en un día de gran festividad allí, el Día de los Inocentes. Efectivamente, enseguida, después del medio día se suspendió todo el comercio, se cerraron los almacenes y aparecieron por las calles numerosos grupos de enmascarados entre los cuales figuraban varios Neptunos y Anfitrites y un sinnúmero de pescadores, poniendo de manifiesto así los hábitos y los gustos de la población. Poco después estos grupos parciales conformaron uno solo, y precedidos de música se pasearon por toda la parroquia, entrando por las casas de los principales habitantes precedidos por las autoridades populares elegidas para esa fiesta. Estas autoridades son un gobernador, un alcalde, un juez de paz, un sacristán, un boticario, etc., los cuales es de rigor que sean mujeres; y una gobernadora, una juez de paz, una partera, etc., que deben ser hombres. Es fácil imaginar el movimiento y la algazara que se pueden producir en un pueblo pequeño y festivo y las carcajadas que se pueden provocar en una fiesta popular, con semejantes elementos.

La fiesta de los Inocentes en Juangriego debía terminar con un gran baile y cena ofrecidos por el gobernador de los Inocentes, con asistencia de casi toda la población; pero el tiempo volaba y yo tenía otro objetivo en vista. De manera pues que me excusé de aceptar la invitación que me hicieron y despidiéndome de la primera autoridad del lugar (el administrador de la aduana) que atentamente me había recibido y proporcionado su propia cabalgadura, partí a las tres de la tarde hacia la capital de la provincia que es la ciudad de Asunción situada en el centro de la isla.

Tan pronto como dejamos Juangriego por un camino plano y en dirección este, pasamos otra población contigua habitada por indios guaiqueríes. Supe después que junto a cada población española de la isla había una semejante de indios; y pretendieron convencerme que eso era debido a la generosidad de la reina Isabel la Católica que les concedió a los guaiqueríes tierras para esas aldeas en reconocimiento de un magnífico regalo de perlas que habían recibido de ellos. Sin embargo, me parece más

plausible suponer que eso es un remanente del antiguo sistema de las *encomiendas*, ya que una de las condiciones con que las obtuvieron los conquistadores, era que *reunieran a los indios en un lugar que no debían habitar ellos mismos*⁹.

Nuestro camino iba por una extensa planicie arenosa, cercada de montañas en forma de anfiteatro y abierta solamente por el lado de Juangriego. A una legua de distancia atravesamos la parroquia del Norte, cabeza de cantón, cuya iglesia limpia y blanca se alcanza a ver del mar, desde donde tiene un aspecto pintoresco, y cuyas calles tienen un ancho de más de cien palmos. Un poco más adelante pasamos la parroquia de Tacarigua, también con calles anchísimas; y nos aproximamos a la cadena que forma el anfiteatro, la que cruzamos pasando por una garganta o portachuelo poco elevado. Es el único trecho malo del camino por ser pedregoso; y tan pronto lo cruzamos entramos en otro anfiteatro, en el cual está la ciudad de Asunción. Llegue allí en menos de dos horas de tiempo y fui recibido cortésmente por la primera autoridad de la provincia.

La isla Margarita posee el terreno más fértil del mundo; pero, como tiene poca agua natural, en los años en los que hay escasez de lluvia, como éste, la vegetación se debilita y apenas sostiene su garbo en las orillas de los pocos ríos que la riegan. En uno de estos lugares está Asunción, o como la llaman generalmente, *La Ciudad*; y en verdad me causó mucho placer el contraste entre los verdes y exuberantes campos donde entramos y el portachuelo y las áridas laderas de las sierras que circundan el cantón del Norte, cubiertas hasta la cima de cultivos, pero de cultivos debilitados y tostados por el sol. El cocotero, el banano, el árbol del pan, el maíz y la caña, crecen en los alrededores de Asunción con gran lujo y vigor, favorecidos por el riego del río.

En lo que se refiere a la ciudad, no hay nada que decir sobre lo que existe pero sí sobre lo que existió en este interesante lugar. La población de

Asunción llegó a doce mil almas; hoy en día es apenas de tres mil! La ciudad tenía hermosos edificios y dos largas y espaciosas calles pavimentadas prolongadas con el río; hoy sólo vi allí *campos ubi Troya fuit*. En enero de 1816 los españoles la incendiaron completamente; y no lo hicieron, como se acostumbra, en el furor de un asalto o en la precipitación de una retirada; lo hicieron con toda la calma, sistemáticamente, renovando el fuego todos los días y cuidando que no quedara piedra sobre piedra, tratando con indulgencia únicamente a la iglesia parroquial (iglesia de las dimensiones de San Francisco en Caracas) no por espíritu religioso, sino porque en ella habían establecido su hospital.

En la orilla izquierda del río, un poco más arriba de un puente nuevo y elegante que da entrada a la ciudad; vi un gigantesco tronco que tiene su historia: siendo fortuitamente incendiado pocos días antes de mi llegada, ardió en toda su parte superior, conservándose apenas el tronco principal que tiene cuatro o cinco brazas de circunferencia. Se cuenta que aquí fue donde el tirano Aguirre dio garrote al gobernador de Margarita Villandrando.

Es tan curiosa la historia de Lope de Aguirre de quien existen en Venezuela variadas leyendas y cuyo nombre aún hoy es pronunciado con horror, que el lector me permitirá que extracte de Baralt algunos pormenores sobre este hombre extraordinario.

Deseando don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete y virrey del Perú, deshacerse de algunos hombres turbulentos que lo incomodaban, se aprovechó (en 1559) de los rumores que corrían relativos a *El Dorado*, de los que dio noticia Felipe Urre, y mandó para descubrirlos una expedición de cuatrocientos hombres bien armados bajo las órdenes de don Pedro de Ursúa, el cual, nombrado gobernador de los *omaguas* y de *El Dorado*, se embarcó en septiembre de 1560 con su gente en varias embarcaciones, descendió por los afluentes del Amazonas a este río y trató de descubrir sus dominios. Entre sus soldados había un hombre perverso y atrevido que,

insubordinando la tropa cuando ya habían descendido setecientas leguas por el Amazonas y el Maraón abajo, asesinó a Ursúa y, declarándose independiente de toda autoridad, nombró a uno de sus oficiales, a don Fernando de Guzmán, príncipe del Perú y propuso que retrocedieran a conquistar ese reino. Sin embargo, poco después, este hombre, que era Lope de Aguirre, cambió de propósito; asesinó a Guzmán y poniéndose a la cabeza de la cáfila, que llamó de los Maraños, no sólo como alusión al río en el que se encontraban, sino también por los enredos y marañas en que se habían metido, navegó por el Amazonas aguas abajo y salió al océano¹⁰. Favorecido por las corrientes y vientos generales costó las tierras del Cabo del Norte y se dirigió hacia la isla Margarita que ya estaba en ese entonces habitada por los españoles. El puerto a donde llegó Aguirre y que en esa época se llamaba Paraguachí, situado en el extremo nordeste de la isla, se quedó con el nombre de Puerto del Tirano, hasta hoy.

Al poner el pie en tierra trató de fomentar la compasión y la codicia de los habitantes, narrándoles los trabajos que había pasado y las grandes riquezas que traía; hasta el punto que el propio gobernador don Juan Villandrando lo fue a ver en el puerto de desembarque. Lope de Aguirre no tardó en desenmascarse; cogió preso a Villandrando, robó los cofres reales y saqueó a los habitantes. Al mismo tiempo se le rebeló una parte de su tropa que lo denunció a fray Francisco de Montesinos, provincial de los dominicanos que se encontraba casualmente en la isla, y con él pasaron a tierra firme en busca de medios para combatir a Aguirre. Desesperado e irritado con la desertión de su gente, ordenó la decapitación de varias personas importantes y aun de algunos oficiales suyos, y mandó dar garrote al gobernador Villandrando junto al gran árbol que ya mencioné arriba.

Las atrocidades de Aguirre continuaban en Margarita, hasta que teniendo noticias de que Fajardo lo buscaba con un número suficiente de indios, embarcó ciento cincuenta marañones, resto de los cuatrocientos hombres que el virrey pusiera a las órdenes de Ursúa, y con ellos se dirigió en

tres *fustas* o lanchas a Burburata, a la que saqueó. Para impedir la fuga de los suyos quemó no solamente todas las embarcaciones que encontró en el puerto, sino sus propias fustas; y se internó tierra adentro con el proyecto de atravesar el Nuevo Reino de Granada y por Popayán y Pasto penetrar al Perú. El licenciado Pablo Collado, gobernador de Valencia, cuya autoridad se extendía por toda la parte occidental de Venezuela, era hombre de letras y no de guerra; por consiguiente, delegó sus poderes a Gutiérrez de la Peña, su predecesor, el cual reuniendo fuerzas y teniendo a don Diego García de Paredes como Maestre de campo, interceptó la marcha de Aguirre. Amenazado por el frente, Aguirre resolvió retroceder al puerto de Barburata; sin embargo, antes de realizar su intento fue abandonado por todos sus marañones, excepto por cierto Antón Llamoso que le había jurado fidelidad hasta la muerte. Viéndose así perdido sin remedio, pero en vez de abatido más furioso con la visión del peligro, resolvió ejecutar el más horrible de todos sus crímenes.

Aguirre –dice Baralt– tenía una hija a quien amaba por extremo y a la que con solícito cuidado había llevado desde el Perú en compañía de otra mujer, natural de Molina de Aragón, a quien llamaba Torralba. Fuese pues donde ellas, en ocasión de hallarse reunidas en un aposento de la casa y, calando la cuerda de un arcabuz, dijo a la primera que tenía que prepararse a morir, no queriendo él que por sobrevivirle la infamasen después, llamándola hija de un traidor. Como esto viese Torralba, se asió de la cuerda del arma, y ora con ruegos, ora bregando, intentó desviar el golpe; más en vano, porque Lope fuera de sí y bravío como una fiera, soltó de la mano el arcabuz y sacando la daga de la cinta, se abalanzó a la inocente y le quitó la vida a puñaladas. Después, turbado y lleno de confusión, salió del cuarto, y columbrando a los soldados de Paredes, se estuvo a esperar que llegasen, sin manifestar aliento para nada. En viéndoles entrar, con voz desfallecida pidió a Paredes que le oyese; pero los marañones tenían prisa de matarlo para que no descubriese sus delitos y el maestre de campo, cediendo a sus instancias, les permitió arcabucearle. Ejecutáronlo al instante, cortándole enseguida uno de ellos la cabeza. Así murió Lope de Aguirre el 27 de octubre de 1561, dejando tales recuerdos en la tierra que es su historia lamentable, aun hoy día, asunto favorito de las jácara y proverbios populares.

En Asunción tuve informaciones detalladas de otro aventurero de diferente especie, no sanguinario como Aguirre, pero atrevido como él y como él procedente del Brasil, del cual ya me habían hablado en Barcelona y

Cumaná. En 1850 se presentó allí un caballero de industria, diciéndose médico del Emperador del Brasil; y logró granjearse la benevolencia de los habitantes de todas las clases de la isla, ya sea por sus buenas maneras, o por sus servicios profesionales, hasta el punto de adquirir crédito casi ilimitado. El Dr. Antonio Jorge Damas o Damaso (así se llamaba mi hombre) tenía un gusto especial por las perlas e inmediatamente empezó a hacer una buena colección de ellas. Al principio las pagaba bien, pero después, aprovechándose del crédito de que gozaba, trató de comprarlas al fiado. Mientras tanto para consolidar ese crédito e inspirar confianza, compró una hacienda con un pequeño ingenio en el valle del Espíritu Santo. Sin embargo, un día el Dr. Damas no apareció; sus empleados viendo que no abría el dormitorio, avanzado ya el día, lo forzaron; y entonces descubrieron que el pájaro había volado. Los habitantes se dividieron en dos grupos de adivinadores: unos adivinaban que el doctor regresaría, otros opinaban lo contrario. No obstante, en resumidas cuentas, mi amante de las perlas estaba a salvo y seguro en la isla de Granada, de donde pasó a Santo Tomás y luego siguió a La Habana, en donde cambió de nombre. Pero lo interesante de la fiesta es que se llevó ochocientas onzas de perlas compradas a crédito, cuyo valor a 30 pesos cada onza (precio mínimo) se puede calcular en 24.000 pesos. Los bienes que dejó Damas no valían la cuarta parte de esa suma. La primera noticia que tuve de ese habilidoso señor me incomodó y me vejó; pues todo el mundo me preguntaba si conocía al *brasileño Dr. Damas*. Pero en Margarita me aseguraron que el mismo señor se intitulaba, no brasileño, sino oriental; y puede ser que fuera árabe o griego.

Dejémoslo en paz hasta que pague, como lo merece, sus pecados y sus deudas y tratemos de ver cómo se pescan las perlas en Margarita por medios más legítimos de como las pescó mi doctor. Para ese fin, que fue uno de los que me indujeron a ir a Margarita, era necesario visitar el puerto de Porlamar, situado del lado sur de la isla y un poco a sotavento de Pampatar. Hacia allá me dirigí a caballo el día 29 de diciembre de madrugada, provisto de las necesarias cartas de introducción. Atravesé el segundo anfiteatro que

se abre al sureste de la isla; y al cabo de una hora de camino plano, seco y transitable para coches, atravesando amplios campos de maíz tostados por el sol y campos cubiertos con el mismo espino de los alrededores de Barcelona, que me dijeron ser una especie de campeche, entramos primero en el barrio de los indios de la parroquia de Porlamar y enseguida en la población de los blancos, situada en la orilla del mar con buenas casas de teja, como en Juangriego, y con muchos faluchos y algunas escunas en el puerto.

Con dificultad encontré una pequeña cantidad de perlas para comprar; y las pagué por el elevadísimo precio de 150 pesos la onza (300.000 reis). Pero a fuerza de obstinación conseguí que me llamaran unos indios buceadores para presenciar al día siguiente la manera como es arrancada la preciosa perla de las entrañas del mar.

Mientras tanto no perdí el tiempo; recorrí toda la población tratando de adquirir algunas perlas de primera mano y en pequeñas cantidades; y compré algunos bellos *callos*, como llaman a la madreperla que tiene en su interior unas burbujas o protuberancias brillantes como la verdadera perla y como dicen vulgarmente, se forman por el derramamiento de la perla en la concha todavía en estado líquido de manera que viene a congelarse ya adherida a la misma concha. Por la tarde, acompañado de varios caballeros, monté a caballo para ir a visitar a la Virgen Milagrosa del Valle del Espíritu Santo, cuya iglesia parroquial está a menos de una legua de Porlamar hacia el noroeste. Caminamos por un terreno árido con la misma clase de vegetación que prevalece en el trecho que comunica a Porlamar con Asunción, o sea, *cardón* y espinos; y atravesamos varias sementeras de maíz, marchito y cabizbajo por la sequía, pisando un terreno arcilloso, muy apropiado para toda obra de alfarería. Debo mencionar que los guaiqueríos que ocupan el barrio de indios de Porlamar fabrican en gran escala ollas y otras vasijas de este barro que se exportan no sólo a las provincias de tierra firme, sino también a Trinidad y a otras Antillas inglesas; y en el camino que conduce al Valle del Espíritu Santo pasamos dos fábricas de teja, una de las cuales está montada en grande. Al

entrar en el valle propiamente dicho, dejamos a nuestra izquierda una montaña que separa el río del Espíritu Santo del mar cuyo extraordinario perfil me atrajo la atención. Cerca de su cima escarpada y pedregosa divisé una abertura en forma de puerta con una ventanita al lado, a la que llaman *la Cueva del Piache*. Actualmente, es una caverna habitada por murciélagos y aves nocturnas, que derivan su nombre de una especie de mago o adivino de los guaiqueríes que semejante a los Cagliostros y Lenormands de nuestros días explotaba en tiempos antiguos la nimia credulidad de los indios de Margarita. Ya sea que en la caverna que menciono residiera algún *piache* ya sea que por su configuración el local pareciera adecuado para tal residente, el nombre de *Cueva del Piache* le quedó hasta el día de hoy. Al aproximarnos al río, el aspecto del paisaje cambió totalmente; el terreno fertilizado por el riego que suministra el río, entramos en un jardín donde el ramaje abundante y verde oscuro del banano anunciaba una riqueza de vegetación extraordinaria. Me mostraron también una cantera de mármol blanco, no de grano fino como el de Carrara, pero parecido al mármol blanco ceniciento de los Estados Unidos. La parroquia del Valle con sus casas encaladas y bien conservadas, con su puente nuevo y bien trazado y con su iglesia parroquial coronada por una torre bien proporcionada, es un verdadero *bijou* y decididamente la población más apacible de la isla Margarita. Sus arrabales producen en abundancia cocos, dátiles, mangos, fruto del árbol del pan, caña, maíz, algodón, cacao y yuca; y las montañas que la cercan contienen cantidad de excelentes maderas de construcción y variadas plantas medicinales.

Fuimos recibidos por el cura, hoy propietario del ingenio que fue del doctor Damas, situado frente a la iglesia, y visitamos con él la imagen de la Virgen que estaba vestida con sus ricos trajes, mas sin las joyas. No está limitada a la isla Margarita la fe que inspira esta virgen: en todas las Antillas españolas es venerada e invocada, como lo atestiguan las numerosas y ricas ofrendas que se le han hecho desde todas ellas. Su corona de oro de un palmo de altura le fue obsequiada por el obispo de Puerto Rico, el techo de su iglesia está lleno de barcos en miniatura de diferentes clases, colgados allí con

cordeles, testimonio de la milagrosa intervención de la Virgen en lances de peligro marítimo. Pero lo que más da a conocer la popularidad de la Virgen del Valle es la profusión y riqueza de sus aderezos que fuimos a ver cuando salimos de la iglesia, en casa del respectivo depositario. Ocupan una caja de dos palmos de largo y uno de alto y constan de numerosas cadenas y otras obras de oro, de una bala de fusil primorosamente engastada en una red de filigrana de oro y de una extraordinaria cantidad de perlas, algunas de gran valor. La pieza principal, que es un escapulario de perlas, tiene cuatro palmos de largo, cuatro dedos de ancho y está rematada por una perla de una pulgada de largo con la configuración perfecta de una bota. Se cuenta que la imagen de la Virgen se apareció en la Caverna del Piache.

Regresamos a Porlamar de noche; antes de retirarme a la casa todavía encontré una exigencia semejante a la que se me hizo en Santa Fe. No se trataba aquí del vellocino de oro, pero sí de decidir un asunto importantísimo sobre el cual los parroquianos de Porlamar estaban divididos; a saber, escoger un local adecuado para la construcción de la nueva iglesia. Con gran sorpresa y confusión fui invitado a cortar como árbitro este nudo gordiano; y con mucha dificultad me excusé alegando mi completa incapacidad.

Por fin despuntó el día 30 de diciembre, destinado a la pesca de las perlas, día esperado por mí con impaciencia hacía mucho tiempo. Los tres guaiqueríos buzos, que habían prometido ir a sumergirse en el mar, tardaron tanto que yo sospeché haber sufrido algún engaño; sólo a las ocho de la mañana aparecieron. Me embarqué con ellos y otro compañero en una *curiara*, canoa de un solo palo con una borda falsa o aumento de tablas que elevándole la borda otro palmo más, le aumenta la capacidad y la seguridad; y salimos al mar. La ensenada de Porlamar está dentro de dos cabos de los cuales el occidental se llama Punta de Mosquitos y el oriental Morro Moreno. Los buzos remaron con palas en dirección a éste último; y buscando el lugar del banco de ostras, guiados por balizas de tierra, y enfilando por ciertas cumbres y ciertas piedras, se detuvieron, lanzaron al agua una piedra atada

a un palo a manera de arpón y se desnudaron. El capataz de los buzos, llamado Tomás Carreño, hombre de estatura mediana, color cobrizo, facciones aquilinas y formas apolíneas, fue el primero que saltó de la curiara y se sumergió con la cabeza hacia abajo. La zambullida fue tan perpendicular que en un momento dado vi sus dos piernas por fuera del agua como dos mástiles de barco. Tomás estuvo sumergido aproximadamente dos minutos y apenas surgió a flor de agua y tomó aliento, exclamó con entusiasmo presentando en la mano derecha una enorme langosta: *¡válgame la Virgen del Valle, que las hay a los cientos!* Esta exclamación fue correspondida inmediatamente por los otros dos buzos que se tiraron al agua como flechas y que al cabo de dos minutos sacaron cada uno su langosta. Mucho se divertían los indios con esta recolección y sin duda hubieran continuado todo el día. Pero mi objetivo era otro; y desilusionado porque no había perlas en el lugar donde estábamos, mandé levantar la piedra y remar adelante. Nuevamente Tomás trató de enfilar por sus balizas conocidas y otra vez anclados, los tres indios continuaron sumergiéndose, precediendo cada zambullida con un sorbo de aguardiente. Efectivamente estábamos sobre un banco de ostras y en poco tiempo teníamos la canoa llena de ellas, que los buzos sacaban de a seis o de a ocho cada vez, teniéndolas con el brazo contra el pecho izquierdo. En el continente empezamos a abrirlas con la impaciencia y las emociones del jugador; pero ¡trabajo en vano!: en más de cien ostras que abrí, sólo encontré, en tres o cuatro, perlas poco mayores que un grano de mostaza, y que no estaban destinadas a ser llevadas como trofeo porque ¡se me cayeron en el fondo de la curiara y las perdí! Me convencí entonces de la verdad de lo que ya me habían dicho de que ésta no era estación favorable para la pesca.

Hay ostras perlíferas de dos especies; una que se encuentra suelta o pegada a las piedras, otra de mangle. La primera (*avicula meleagrina* de Cuvier) tiene la figura de un morrión. Sus bordes son recortados, su color externo es blancuzco y la parte animal está armada en una extremidad de filamentos verdes y brillantes que, saliendo por la abertura entre las dos conchas, se enraízan en las piedras en el fondo del mar. Su nácar, lo mismo

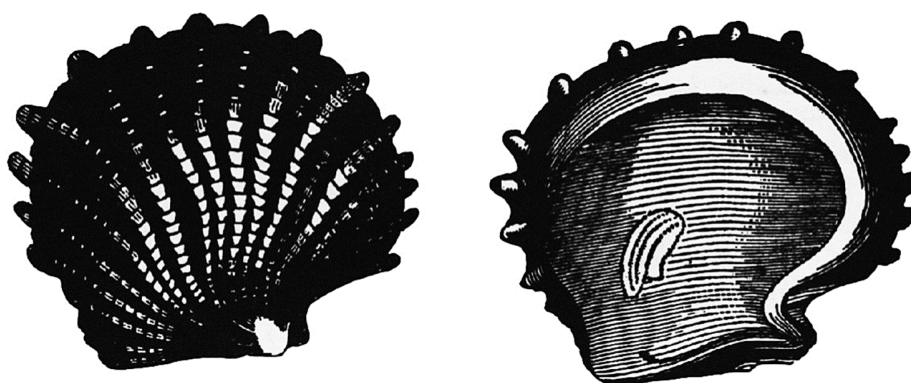
que las perlas que produce, es claro y brillante, o, como dicen los pescadores, *de buen oriente*. La perla se encuentra entre la concha y el animal. La carne no es buena para comer, porque es dura y de un sabor inferior al de la ostra europea. La otra clase de concha de perla (la que está pegada a la planta submarina) difiere de la primera en que es más larga y oscura, en que el oriente de sus perlas y de su nácar es menos brillante y en que en vez de estar el animal prendido a las piedras por los filamentos verdes, parece formarse sobre una rama de la propia planta; separadas las dos conchas, el animal permanece adherido a la rama del mangle, de la cual no es fácil arrancarlo. La carne de la ostra de mangle es mejor para comer que la de piedra. La planta a la que están adheridas las ostras es de dos clases; una de hoja fina como penachos y del color de la alhucema y la otra más pequeña y en forma de cactus, parecida en miniatura al *cardón* grueso que abunda en la tierra vecina.

No puede haber seguridad sobre la manera como se producen las perlas; sin embargo, es plausible la hipótesis de que ellas son consecuencias de enfermedad en el animal o en la concha, o por lo menos de un incidente anormal. A este respecto Linneo hizo curiosas experiencias en Suecia, perforando la concha de la ostra perlífera; y una tal perforación pueden practicarla naturalmente alguno de los moluscos carnívoros que atacan la ostra. En este caso, el animal, sintiendo la necesidad de reparar el daño hecho a la cubierta que lo protege, acumula cerca al sitio perforado la materia calcárea que secreta su manto. Esta materia, acumulada y coagulada, produce una callosidad, prendida a la concha apenas por un frágil ligamento. Esa es la perla. Cuando el fluido calcáreo se arroja con fuerza sobre el orificio interior del agujero en lugar de acumularse suelto, se derrama sobre la concha y se coagula adherido a ella, formando lo que se llama *callo*, que es una especie de burbuja o tubérculo brillante como la perla, pegada a la concha como si fuera parte de ella. Otras veces no es la perforación de la concha y sí la introducción en su interior de algún cuerpo extraño, lo que sirve de núcleo a la perla. Si otro animalito cualquiera, o un grano de arena se introduce entre

la ostra y su concha, el animal para defenderse de ese cuerpo extraño secreta su fluido calcáreo el cual cubre ese cuerpo extraño con una o más capas que al coagularse forman una perla suelta. Así se forman las perlas iguales y redondas, que tienen un valor más elevado que las que no lo son.

La sustancia con la que se forma la perla, así como la de la concha, es carbonato de cal con un poco de materia animal.

El dibujo que sigue representa una ostra de perla reducida a la cuarta parte de su tamaño natural.



Avicula meleagrina de Cuvier

El modo de pescar las perlas que acabo de describir es el más común en Margarita y el que menos destruye las ostreras. Pero como es muy difícil e impracticable en más de diez brazas de fondo, todos lo consideran inferior al sistema de las *arrastras*, introducido últimamente por unos griegos que vinieron a la isla, uno de los cuales probablemente le dio el nombre a la isla de Juangriego. Se llama *arrastra* a una especie de red de pesca cuyo borde inferior lleva un raspador de hierro cortante, la cual se lanza al fondo del mar de manera que el raspador se asiente en él. Enseguida se tira el mecanismo por las puntas, y despegando del fondo del mar todo lo que en él se encuentra,

se llena la red y se saca ostra grande y pequeña causando una irreparable destrucción. Hoy en día la arrastra está prohibida por ley en Margarita, pero la usan mucho clandestinamente y en vista de que están muy explotadas las ostreras, se considera el único medio provechoso de buscar perlas.

El ejercicio de los buzos me entretuvo muchísimo y confieso que me costó bastante resistir la tentación de dar mi zambullida también. Pero a lo que por un lado me provocaba la curiosidad y la vanidad, por otro se oponía la conciencia del peligro y la noticia que el lugar estaba infestado de numerosos tiburones que (como me explicaba Tomás Carreño) *ignoraban a los indios por tener la carne oscura pero se regalaban cuando pillaban un cuerpito blanco*. Ya era más del medio día; y teníamos la curiara llena de nácar y de mariscos, como estrellas de dos palmos de diámetro, sapos submarinos considerados en Porlamar como excelente comida, erizos, caracoles, mejillones, etc. Los buzos con sus frecuentes libaciones estaban bastante pasados de copas ya y la seguridad de todos nos exigía que tocáramos la retirada. Regresamos pues a tierra y en la playa me separé de los guaiqueríos que estaban completamente embriagados y ¡que ganaron por todo su trabajo dos francos cada uno! Los mercaderes de Porlamar y de Pampatar le compran a estos indios y a los que trabajan con arrastras, la perla mezclada de todos los tamaños, desde la *mostacilla* o *escumilla* hasta la perla del tamaño de un grano de maíz, a razón de veinticinco a treinta pesos la onza. Enseguida escogen las de buen oriente y separan los diferentes tamaños, haciéndolas pasar por una serie de cribas que consisten en un disco de latón con perforaciones graduadas y después la venden hasta por doscientos pesos la onza. La perla que excede en tamaño a un grano de maíz y que tiene por consiguiente un valor elevado y arbitrario, se vende por separado y no a peso.

Durante la pesca de las ostras vi fondeada en el puerto de Pampatar que está a dos leguas a barlovento de Porlamar una nave inglesa con el pabellón del almirante Seymour y antes de salir para Asunción nos pasó por enfrente del puerto un bergantín de guerra de la misma nación. Perteneían

a la escuadra que venía a amenazar con represalias al gobierno de Venezuela para obtener el pago de noventa mil pesos y su presencia causó en Margarita una irritación general y grandísima.

Ya hice alusión en otra parte de estas reminiscencias a la extraordinaria afición de los venezolanos por la pelea de gallos; pues Margarita, y especialmente Porlamar, son lugares donde esta pasión se ha desarrollado extraordinariamente. Con frecuencia se ven en los patios en las terrazas de las casas garbosos gallos atados por las patas; dentro de mi dormitorio pernoctó uno, que más tarde a la media noche empezó a avisarme la proximidad de la aurora; y a cada paso en el campo encontré hombres del pueblo y aún algunos de clase superior con un gallo y a veces dos gallos debajo de los brazos.

A las dos de la tarde del mismo día 30 de diciembre regresé a la capital, teniendo a la vista las dos principales elevaciones de la parte agrícola de la isla: Matasiete a la derecha y Copei a la izquierda. Esta última montaña deriva su nombre de un árbol que abunda en ella y que produce una resina utilizada en la medicina para afecciones pulmonares. Al cabo de una hora de camino llegué a Asunción y, en la madrugada del día siguiente (31 de diciembre de 1852), me despedí del hospitalario margariteño que generosamente me había recibido y me dirigí a Juangriego, donde puse en movimiento al personal de mi falucho para regresar ese mismo día a La Guaira.

Margarita es una isla muy interesante. Su suelo es fertilísimo pero depende para el desarrollo de su fertilidad de las lluvias que fallan muchos años. Sus sierras están en muchos lugares cultivadas de maíz y caña hasta las cimas y sus producciones son variadas, lo mismo que sus precios. En la época de las aguas el maíz es tan abundante y por consiguiente la cría de aves tan fácil, que se vende la docena de huevos por medio real y una buena gallina por el mismo precio (100 reis de nuestra moneda), por lo que vienen de las

pequeñas Antillas muchas embarcaciones a comprar huevos y aves. Produce, aunque no los exporta, todos los frutos tropicales que forman la riqueza de Venezuela en otras provincias y posee muchas maderas para construcción y abundancia de piedra calcárea. Entre sus plantas medicinales se conocen el copei del que ya hablé, el *caraquai*, especie de piña silvestre que se propaga, da una fruta con la forma del banano de la cual una parte es picante y que dicen ser un buen remedio para afecciones del bazo y de la uretra, el *chigüechigüe*, que se parece a la piña pero es más grande y enraizado en el suelo y cuya fruta crece en un tronco y cura quemaduras. En la isla hay una excelente miel de abejas.

La población de Margarita asciende a veinticinco mil almas, número considerable para una isla que tiene apenas quince leguas de extensión y de la cual sólo la mitad está destinada a la agricultura. Sus habitantes intrépidos, trabajadores y bien moderados, son famosos en la historia de su país, desde la época de Fajardo que lanzó los fundamentos de la villa de San Francisco y después de Caracas y que era margariteño, hasta los aciagos días de la guerra de la independencia, durante los cuales Morillo, Pardo y Urreistieta devastaron la isla a fuego y hierro. Trabajan mucho en la pesca y en la navegación y poseen alguna industria fabril, exportan mucha teja, ollas, hamacas de un tejido de algodón fuerte y tupido que varían de precio desde cinco hasta treinta pesos y sombreros de paja que venden por un precio ínfimo y son muy solicitados en toda la república.

Margarita fue descubierta por Colón en 1498 durante su tercer viaje; pero en el año siguiente Cristóbal Guerra pasó por esta isla y por la de Cubagua y fue quien de ellas llevó las primeras perlas americanas que llegaron al Viejo Mundo. La pesca de las perlas que se descubrieron junto a Cubagua (hoy Cuagua) dio lugar a que se fundara en esta pequeña isla en 1515 la ciudad de Nueva Cádiz, la cual decayó y desapareció del todo tan pronto escasearon las perlas en sus alrededores, al tiempo que el descubrimiento de otras ostreras en el puerto de Espíritu Santo donde hoy

está Porlamar, comenzó a darle importancia a la isla Margarita. En 1525, se le concedió licencia a Marcelo Villalobos para poblar a Margarita. Ya conté cómo salió de aquí en 1555 Fajardo, que fundó una hacienda de ganado en el valle de San Francisco en el sitio donde hoy en día esta Caracas; y como la saqueó y la devastó el tirano Aguirre en 1569. En 1595, una expedición inglesa comandada por Preston y Somers saqueó la isla de Coche frente a Porlamar, y en 1662, los holandeses destruyeron los establecimientos de Margarita. Durante la guerra de la independencia los habitantes de esta isla realizaron prodigios de valor contra los españoles en las faldas de la montaña de Matasiete, y en las puertas de la ciudad de Asunción tuvo lugar una cruenta batalla el 31 de julio de 1817 en la que el general patriota Gómez derrotó a Morillo que disponía de fuerzas superiores. Hablando sobre esta batalla Baralt cita las siguientes palabras del parte oficial que Morillo dio de ella a España: “Estos malvados, llenos de rabia y de orgullo con su primera ventaja en la defensa, parecían tigres y se presentaban al fuego y a las bayonetas con un ánimo de que no hay ejemplo en las mejores tropas el mundo... No contentos con el fuego infernal que hacían, arrojaban piedras de gran volumen y como eran hombres membrudos y agigantados, se les veía arrojar una piedra enorme con la misma facilidad que si fuese pequeña”.

Antes de abandonar Juangriego y la isla Margarita repetiré un diálogo que tuve con mi criado, el cual por enfermedad se quedó en aquel puerto mientras yo atravesé la isla; tal vez el lector encuentre en nuestra conversación ideas originales.

—Estáis muy quemado, señor; sin duda os habéis expuesto demasiado al sol.

—Es verdad, Simplicio; fui a la pesca de las ostras de perlas y el sol estaba ardiente.

—¿Ostras de perlas?!

—Sí; una especie de ostras que tienen perlas adentro.

—¿Cómo?, ¿ostras que tienen perlas adentro?; ¡es curioso! Perdonad, señor; ¿pero esas perlas que están adentro de las ostras son... finas o falsas?

Aquí me detuve: mi dignidad no me permitía ni engañar a mi compañero de trabajos, ni contestar seriamente a una pregunta tan excesivamente ingenua. Me salí pues de la dificultad evadiendo el asunto y diciendo:

—Existe de todo, Simplicio; grandes y pequeñas; de oriente más o menos brillante, etc.

Este diálogo me convenció de que podía no ser cuento de viajero aquél que se refiere al irlandés que viendo por primera vez en su vida una tortuga pasearse por el combés del buque en el que emigraba a Nueva York, preguntó, lleno de admiración y curiosidad si aquello era *mock turtle* o *real-turtle*¹¹.

Era medio día cuando dejamos Juangriego. Se levantó el ancla, se largó la vela y con la bandera brasileña en lo más alto, tiesa y sibilante al impulso de una brisa fresca de noroeste, pasamos dos veces enfrente al puerto en continencia, y nuevamente,

*Sobre las ondas libres
Del océano indomado por tiranos*

cortó las aguas el *Aguanta callado* (pues así se llamaba mi falucho) con viento de popa y corriente favorable. Navegamos al sudoeste costeano a Macanao hasta Punta Arenas; de ahí seguimos el rumbo de oeste en dirección a la isla de Tortuga; de noche se durmió el timonero y sólo al amanecer el patrón descubrió que el falucho corría a la deriva con rumbo al norte; y finalmente, despuntó, brillante y fresca, la primera aurora del año 1853. Teníamos a la

vista la corbeta inglesa *Calipso*, una de las de la expedición del almirante Seymour, pero rápidamente nos separamos porque ella remontaba y nosotros descendíamos. Habíamos adelantado tanto hacia el norte como consecuencia del descuido del timonero, que ya no nos fue posible pasar por el sur de la isla de Tortuga como era nuestra intención, y tuvimos que entrar por el norte entre la gran Tortuga y los tres islotes cercanos, que llaman Tortuguillos. A las once doblamos el extremo occidental de Tortuga que también se llama Punta Arenas; y nos aproximamos para amarrar en un buen puerto, desembarcando lo necesario para hacer el desayuno y armando un toldo ya que no había árboles de sombra. Mientras se preparaba el desayuno nos ocupamos en recoger algunos caracoles gigantes y esponjas que abundan, cuando mi criado empezó a gritar despavorido: “—¡Mon Dieu! ¡Grand Dieu! ¡Merci! ¡Grand merci!” “—Qu’y-a-t-il? —le pregunté”

“—¿Qué tiene el hombre? —repitió uno de los bogas.

“—Ah! monsieur, un serpent, une couleuvre, un serpent vénimeux!”

La idea no era realmente tranquilizadora; sobre todo que nos parecía muy probable que existieran reptiles venenosos en un terreno seco y árido como el de Tortuga. Tratamos pues de examinar lo que había y sacudiendo un caracol hacia el cual Simplicio apuntaba con su dedo convulso y en el cual tenía fijos sus ojos aterrados, descubrimos... ¡una lombriz!

La isla de Tortuga que pertenece al territorio de la provincia de Caracas, aunque inculta y desierta, tiene la considerable extensión de cuatro leguas de este a oeste. Es baja, arenosa, escasa en agua y cubierta de un arbusto parecido al mangle, que no crece alto. En el centro tiene una laguna de donde se extrae sal y abunda en tortugas, langostas y pescado de toda clase.

A las dos de la tarde zarpamos nuevamente y nos dirigimos al oeste con viento de nordeste. En la noche observé una gran claridad en el norte, que sin

duda era el reflejo de alguna *aurora borealis* que probablemente estaba brillando con gran esplendor en las regiones boreales. Se las mostré al oficial mayor y descubrí que él no tenía la menor idea de semejante fenómeno. —Eso (me dijo) es lo que nosotros llamamos el camino de San Pedro y San Pablo. Le señalé el camino de los santos apóstoles (la Vía Láctea) que ocupaba una posición diferente en el firmamento, mas no pude convencerlo. Notando después que aquella claridad no estaba exactamente en el punto que nuestra aguja indicaba como norte, pretendí reconocer por ahí cuál sería la variación de la citada aguja en el paraje en que estábamos; pero al pedirle la cooperación al oficial, vi que él no tenía ni idea de la existencia de la variación de la aguja. La aguja no varía (me dijo) sino cuando está mal construida o cuando está dañada. Menciono estos incidentes como prueba del atraso en que está la educación en Venezuela, y al mismo tiempo la intrepidez de los hombres que con tan escasos recursos se abalanzan a cruzar los mares en tan frágiles bajeles. Quisiera siempre viajar con un marino tan seguro y de tanta confianza, como el oficial mayor del *Aguanta callado*, a pesar de su insólita ignorancia de la ciencia.

Al amanecer del 2 de enero estábamos a sotavento del cabo Codera, habiendo pasado por entre éste y un peñasco que surge en el mar dos millas al norte del cabo, al que llaman *Farallón Centinela*. Fuimos navegando a una distancia de una milla de la costa y pasando sucesivamente las numerosas puntas que la recortan formando otras tantas ensenadas; alcanzamos a ver el antiguo convento de San Juan de Dios, hoy ingenio de azúcar; pasamos el ingenio de *Camburí*, el de *Naiguatá* en cuyo fondo se eleva uno de los picos de la sierra de Caracas sólo inferior en altura a La Silla, ambos ingenios resplandecientes con sus exuberantes cañaverales bordeados de ondulantes cocoteros; doblamos la punta de Caraballeda, donde existió el primer puerto de mar de Caracas; saludamos el pintoresco retiro de Macuto y fondeamos en La Guaira a las seis de la tarde, cincuenta y cuatro horas después de haber dejado el puerto de Juangriego.

NOTAS

1. Debo a la amabilidad del Dr. Vargas el siguiente análisis de las aguas termales de Barcelona, practicado sobre muestras que yo mismo le llevé: “El agua sulfurada de Narigual contiene, primero, un poco de hidrógeno sulfurado; como se aprecia por el color amarillento ahumado del abundante precipitado producido en ella por el subacetato de plomo. Segundo, cal; demostrada por la tintura de jabón, y bien confirmada en su existencia por el oxalato de amoníaco. Tercero, esta sal calcárea no es un sulfato y sí un carbonato; porque no se precipita con la disolución del muriato y del nitrato de barita, y sí con agua de barita; probando e primer hecho que no existe ácido sulfúrico en el agua y, el segundo, que está presente el ácido carbónico.
“El agua mineral de San Diego tiene mucho más hidrógeno sulfurado a pesar de no venir con la marca de sulfurada; tal vez por haberse escapado menos gas hidrógeno sulfurado de ella que de la otra. Contiene cal en estado de carbonato, en la misma cantidad que la otra, produciéndose sus reacciones con las mismas substancias mencionadas.
“Por tanto ambas aguas son idénticas: termales y sulfuradas con carbono calcáreo.
“Me parece que el uso externo es el único al que se pueden aplicar en afecciones reumáticas y cutáneas”.
2. Sur une onde tranquille
Voguant soir et matin
Ma nacelle est docile
Au souffle du destin.
La voile s'enfle-t-elle,
J'abandonne le bord.
Eh! vogue, ma nacelle;
(O doux zéphir, sois moi fidèle!)
Eh! vogue, ma nacelle,
Nous trouverons un port.
3. J'ai pris pour passagere
La muse des chansons
Et ma course legere
S'égale à ses doux sons.
La folâtre pucelle
Chante sur chaque bord;
Eh! vogue, ma nacelle,
(O doux zéphir, sois moi fidèle!)
Eh! vogue, ma nacelle,
Nous trouverons un port.
4. Famoso cocinero del duque de Richelieu.
5. En el momento en que reviso estas líneas Cumaná ya no existe. Un violento terremoto que ocurrió el 15 de julio y se repitió el 3 de agosto de 1853, la destruyó completamente, no dejando piedra sobre piedra. Perecieron quinientas personas; las que sobrevivieron abandonaron el lugar; el gobierno trasladó la capital de la provincia a la ciudad de Maturín, situada sobre el río del mismo nombre, que desemboca en el golfo de Paria.

6. Posteriormente, como el lector habrá visto por la nota 13 del capítulo III, regresó a Venezuela y allí figuró en la política; sin embargo actualmente, en 1865, está nuevamente en los Estados Unidos.
7. Véase la interesante descripción que hizo este sabio de la cueva de los guácharos y de estos pájaros, en el capítulo VII de su Viaje a las Regiones Equinocciales.
8. Los números de la estampa anexa corresponden a los siguientes sitios:
 1. Entrada de la caverna con 80 pies de anchura y 72 de altura.
 2. Elevación en forma de galería o tribuna con un parapeto.
 3. Monte de estalactita.
 4. Río que viene del fondo, desaparece, reaparece y sale por la entrada de la caverna, corriendo enseguida hacia el sur.
 5. Gran sala con 80 pies de altura, habitada por los guácharos.
 6. Pasaje bajo por el cual es necesario pasar agachado.
 7. Salón silencioso.
 8. Salón del túmulo, en cuyo centro la estalactita ha formado un túmulo con 4 cipreses.
 9. Hueco sin salida conocida.Las dimensiones de la caverna son las siguientes:
 1. División hasta la sala de los guácharos, 2,925 pies de largo.
 2. División, 675 pies de largo.
 3. División, 405 pies de largo.La altura varía de 4 a 80 pies.
9. Baralt, *Historia Antigua*, página 191.
10. Acuña supone que tal vez haya ido a parar al Orinoco por las comunicaciones entre este río y el río Negro (Humboldt, *Voyage aux régions équinoxiales*, livre VIII, chap. XXIII).
11. Es decir, preguntó si la tortuga viva era verdadera o imitación. En Inglaterra son muy comunes las sopas de tortuga a las que llaman *real turtle*, y una sopa hecha de cabeza de vaca a la que llaman *mock turtle*, que imita a la de tortuga; y a cualquier inglés al hablarle de tortuga, se le presenta naturalmente la duda de si será la verdadera sopa de tortuga o la imitación.

Fuente: Lisboa, Miguel María (1992). Capítulo VI. Excursión a las Provincias de Barcelona, Cumaná y Margarita. En: *Relación de un Viaje a Venezuela, Nueva Granada y Ecuador*. Colección Paralelos. Editorial Biblioteca Ayacucho. Caracas, Venezuela.

Miguel María Lisboa (Consejero Lisboa), primer y único Barón de Japurá (22/05/1809 - 28/04/1881), primer representante diplomático de Brasil acreditado en Venezuela.

TEXTO DIGITALIZADO PARA USO ACADÉMICO Y EDUCATIVO, SIN FINES DE LUCRO.

Transcripción, corrección, diseño y diagramación:

Licdo. Frank Omar Tabasca

frank_otl@hotmail.com

La Asunción, estado Nueva Esparta

Junio de 2026